Diego de Torres Villarroel

Los Sopones de Salamanca

y otros relatos

Clásicos de Salamanca

LOS SOPONES DE SALAMANCA

Y OTROS RELATOS

DIEGO DE TORRES VILLARROEL

LOS SOPONES DE SALAMANCA

Y OTROS RELATOS

Edición de
MANUEL MARÍA PÉREZ LÓPEZ

EDICIONES UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

CLÁSICOS DE SALAMANCA

7

Colección dirigida por José A. Sánchez Paso
Asesoría científica del Centro de Historia Universitaria Alfonso IX
de la Universidad de Salamanca

© de esta edición:
Ediciones Universidad de Salamanca
© de la introducción:
Manuel María Pérez López

1.ª edición: julio, 2002
I.S.B.N.: 84-7800-781-4
Depósito Legal: S. 1039-2002

Motivo de cubierta: Pedro Apiano:
Astronomicum caesaerum.
Ingolstad, 1540 (BGU 12857, Esfera móvil, detalle)

Ediciones Universidad de Salamanca
http://webeus.usal.es
Correo electrónico: eus@usal.es

TRAFOTEX Fotocomposición, S. L.
Teléfono: 923 22 81 03
37005 Salamanca (España)

Impresión y encuadernación:
Gráficas VARONA
Polígono «El Montalvo», parcela 49
37008 Salamanca

Impreso en España-Printed in Spain

Todos los derechos reservados.
Ni la totalidad ni parte de este libro
puede reproducirse ni transmitirse
sin permiso escrito de
Ediciones Universidad de Salamanca.

CEP. Servicio de Bibliotecas

TORRES VILLARROEL, Diego de

Los sopones de Salamanca y otros relatos / Diego de Torres Villarroel ;
edición de Manuel María Pérez López.-- 1ª. ed.-- Salamanca :
Ediciones Universidad de Salamanca, 2002
112 p. : 11 x 17 cm.-- (Clásicos de Salamanca : 7)

I. Pérez López, Manuel María.
821.134.2-32"17"

ÍNDICE

Presentación 9

Los Sopones de Salamanca
y otros relatos de Diego de Torres Villarroel
«Gran Piscator de Salamanca»,
extraídos de sus *Pronósticos* o *Almanaques*

Torres a su *Pronóstico* (1725) 19

Los ciegos de Madrid (1732) 27

Los sopones de Salamanca (1734) 33

El mesón de Santarén (1735) 39

La junta de médicos (1740) 47

La boda de aldeanos (1743) 57

Los niños de la doctrina (1746) 65

Los Desamparados de Madrid (1748) 69

Los bobos de Coria (1750) 79

Aventuras en la Abadía del Duque de Alba (1751) 87

Ventajas de la repostería (1752) 99

PRESENTACIÓN

A Russell P. Sebold

¿Relatos de Torres Villarroel? ¿Qué invento es este? No figura tal variedad genérica en ningún inventario canónico de la producción literaria del singular escritor salmantino. Su obra está presidida, como el lector sabe, por la *Vida* (1743, ampliada hasta 1759), hoy reconocida como la primera autobiografía burguesa española, aunque no han faltado quienes quisieron relegarla a los epígonos de la picaresca, tras desterrar al autor de cualquier horizonte de modernidad y retrotraerlo, con injustos desenfoques, a las profundidades de un contrarreformismo intelectual retrógrado y de un barroquismo expresivo rezagado y epigonal. Sigue, en cuanto a la estimación crítica, el ciclo de los *Sueños*, de los que *Visiones y visitas de Torres con don Francisco de Quevedo por la Corte* (1727-1728) ha sido el más editado y valorado, aunque seguramente el más original e innovador, totalmente ajeno al modelo quevedesco, es *Correo del otro mundo* (1725), que integra diversos modelos formales tomados de la tradición (el sueño, el diálogo humanístico, el género epistolar) en una ficción en la que el impulso autobiográfico adquiere una atractiva y sorprendente sustancia novelesca. Muy escasa ha sido la atención dispensada por la crítica a otros

géneros que el autor cultivó ocasionalmente y que ocupan menor espacio en su producción, como la poesía y el teatro. Y resulta comprensible el cuasiolvido de sus abundantes escritos de divulgación; una faceta que sin duda singulariza al escritor, que puso en ella gran ambición y constante empeño, pero cuyos contenidos (materiales científicos y paracientíficos) han quedado fosilizados en un tiempo histórico ya superado y alejan a lectores de paso. Este apartado, integrado por varios libros y multitud de opúsculos, culmina en *Vida natural y católica* (1730), compendio de su cosmovisión armonizadora de cuerpo y alma, hombre y naturaleza, ciencia y fe, que pese a su prudente eclecticismo resultó aún inadmisible para el sistema dominante: la Inquisición condenó y expurgó este texto en 1743.

He dejado intencionadamente para el final la actividad editorial más constante del autor, clave de su celebridad en vida y de la contradictoria estimación crítica que habría de sobrevivirle. Me refiero a sus famosos *Pronósticos* o *Almanaques*, publicados bajo el seudónimo-disfraz folclórico de «Gran Piscator de Salamanca» (a imitación del *Gran Piscator Sarrabal de Milán*, que dominaba el mercado editorial hasta que el nuevo competidor entró en el negocio). No faltaron a su cita anual con los lectores desde 1718 hasta 1767, fecha en que el género fue definitivamente prohibido, cuando el ya anciano Torres, retirado en el sacerdocio y sus obras caritativas, fue sorprendentemente acusado de haber predicho —y con ello estimulado— el motín de Esquilache. Es precisamente en los *Almanaques*, género tradicionalmente recordado solo para menospreciar a su autor, donde duermen algunas de las páginas más frescas, vivas y atractivas de la narrativa dieciochesca. Liberarlas del envase infraliterario en que

yacen sepultadas y restituirles la identidad que propiamente les corresponde (breves ficciones novelescas, cuentos), puede resultar el primer paso para rescatarlas y ofrecerlas al disfrute de los lectores curiosos de hoy. No es otra la aspiración de este modesto librito.

Seguramente el acontecimiento más trascendental para la vida de Torres se produjo, en efecto, en 1718, con la publicación de su primer almanaque. Al decidirse a tantear este camino, urgido por la necesidad y a falta de otras habilidades profesionales más rentables, tal vez tuvo un oscuro presentimiento de su éxito: ese sería su único y gran acierto «astrológico» (los demás no pasaron de atribuciones arbitrarias y a veces apócrifas), su mejor «pronóstico» de almanaquero afortunado. El joven Diego de Torres, desde meses antes ávido lector de heterogéneas ciencias (de la medicina a la astrología, de las matemáticas a la alquimia), había descubierto a las primeras de cambio su propia piedra filosofal, capaz de transmutar sus escritos en oro y proporcionarle celebridad e independencia (por decirlo con sus propias palabras, «fama, dinero y libertad, que es el chilindrón legítimo de las felicidades»).

El Gran Piscator salmantino fue vertiginosamente impulsado a la cima de su éxito cuando la voz popular le atribuyó la predicción de la muerte del rey Luis I, en 1724. Sus almanaques se convirtieron en un fenómeno de consumo, con interesantes implicaciones respecto al despuntar de un nuevo *status* de escritor independiente en una embrionaria sociedad burguesa emergente. Y con el éxito llegaron también los sinsabores y la necesidad de defender en constante alerta la posición recién conquistada y amenazada de inmediato. Los vencidos competidores

procuraron reiteradamente que se prohibiera la publicación del nuevo almanaque. Le llovieron libelos rencorosos e insultantes. La clamorosa repercusión popular de su actividad despertó la alarma de intelectuales renovadores que también entonces iniciaban su actividad (Feijoo, el médico Martín Martínez, el P. Isla), y que aprovecharon la ocasión para desencadenar una campaña contra la astrología y los almanaques populares. Torres se vio arrastrado a una incómoda polémica autodefensiva cuyos efectos para su imagen intelectual aún perduran. Estaba atrapado en una corriente de aguas irremontables, convertido en rehén de la autocreada imagen folclórica que suplantaba su entera y compleja personalidad. El Gran Piscator colmaba a su creador de bienestar personal al tiempo que destruía su prestigio intelectual.

Para liberar a Torres de la distorsionada imagen de oscurantista y jaleador irresponsable de la superstición popular, no es necesario recordar que la Astrología —confundida aún con la Astronomía— formaba parte desde siglos del pensamiento y ciencia oficiales, y constituía todavía capítulo imprescindible de los compendios científicos de la época; o que los elementos de «astrología natural» —siempre depurada de adherencias supersticiosas— que advertimos en sus primerizas cartillas divulgativas médicas y rústicas, tienden a desaparecer tras la mencionada polémica para dar paso a un proceso de abierta permeabilidad a la ciencia moderna, que tan dificultosamente se abría paso. En realidad, basta asomarse a los textos de los *Almanaques* para descartar cualquier connivencia de su autor con la superstición. El tono lúdico y desmitificador, distanciado y burlesco que los impregna, los convierte en una especie de divertida parodia o contrahechura jocosa del género.

Cabe recordar, además, a este respecto, que el Gran Piscator de Salamanca fue el aliado imprescindible de su creador en una lucha por la vida que apenas conoció tregua, y en la que destellan los rasgos más vitales y auténticos de su modernidad. Porque hacia la modernidad, siempre problemática, no empujaron solo los pocos genios que renovaron la ciencia y la filosofía, sino quienes anticiparon en la realidad social, encarnándolos en su propia vida, rasgos sustanciales de la nueva mentalidad emergente. La de Diego de Torres fue la lucha del hijo de un humilde librero arruinado por la Guerra de Sucesión para escapar al destino de pobreza y servidumbre ligado a su origen; la batalla por el triunfo social de un ser ya consciente de la dignidad y el valor de la pura individualidad, que reclama el derecho del plebeyo a trazar su propio camino, y que no reconoce otra meta vital que el logro y disfrute de la plenitud de la propia existencia; la lucha por un proyecto de felicidad entonces aún heterodoxo, librada a contracorriente de una sociedad dogmática cerrada en sus prejuicios, e inevitablemente sembrada de sinsabores y derrotas (prisión juvenil, largo e injusto destierro en Portugal, condena inquisitorial...), nunca definitivas, gracias a su vitalismo desbordante. En definitiva, no son los *Pronósticos* instrumentos del oscurantismo de su autor. Otros, y muy distintos, son los posibles sentidos latentes que se desprenden del conjunto, dotado, como casi toda la obra de Torres, de un profundo y sorprendente aliento transgresor del orden social y moral que externamente es acatado y confirmado. Aliento que emana del individualismo indomable e irrenunciable afán de independencia de ese *yo* omnipresente que reina en el inmenso espacio autobiográfico en que la realidad textual se convierte; del vitalismo mundano que lo impregna todo; del uso inteligente

del lenguaje popular como elemento de contraste y provocación frente a todos los convencionalismos; de una crítica que ya no es abstracta y moral, sino que está apegada a la realidad histórica; y, finalmente, de la alianza que el autor sella con su público desde el comienzo y renueva a cada paso: con ese *vulgo* al que Feijoo desdeñaba y al que Torres ama, tal vez por un orgulloso sentido de clase, tal vez porque lo necesita para ganar su batalla por la vida.

Por añadidura, Torres fue el único capaz de operar una asombrosa dignificación de aquel género infraliterario, transmutándolo en literatura. Renovó el viejo patrón del género añadiéndole nuevos elementos. No carecen en modo alguno de interés las dedicatorias y los inconfundibles prólogos (mezcla de autoafirmación, autoburla y jocosa agresividad satírica contra sus lectores), pues constituyen importantes regueros de la gran vena autobiográfica que alimenta y personaliza toda la obra del autor. Pero la aportación decisiva fue convertir el apartado de introducción al juicio astrológico del año en una pieza literaria. Se trata casi siempre de una ficción narrativa, aunque no falte alguna muestra de estructuras teatrales propias del melodrama.

El protagonista del relato, dueño además de la voz narrativa en primera persona, es siempre un Torres-Gran Piscator que se traslada al mundo de la ficción llevando a cuestas la biografía real del autor y las inquietudes de cada momento, como comprobará el lector en las piezas seleccionadas (el pirateo de su negocio por la recua de imitadores, el destierro en Portugal, la grave enfermedad depresiva que siguió a la condena inquisitorial, su interés por las primeras iniciativas educativas de signo ilustrado destinadas a los desfavorecidos, etc.). Este protagonista

bifronte —híbrido cumplido de autobiografía y ficción—, viajero perpetuo por cambiantes espacios rurales y urbanos, se relaciona con una abigarrada galería de personajes: gitanas y ciegos vendedores de sus almanaques, estudiantes pobres (sopones), enfermos y médicos, clérigos, aristócratas y criados, arrieros, pastores y aldeanos. Con ellos penetra en la narración una rica gama de registros estilísticos, de hablas coloquiales y jergas, que el autor sabe integrar con maestría en diálogos vivísimos. El arte descriptivo y del retrato, de patente raigambre quevedesca al comienzo, va suavizándose paulatinamente a impulsos de un realismo creciente. Con todos estos elementos, y la originalidad y frescura de su inventiva, el autor puede colorear desde retablos expresionistas de tono esperpéntico a cuadros costumbristas, con pinceladas de tan luminoso realismo que le han ganado la consideración de precursor de la gran literatura costumbrista del siglo siguiente.

Es preciso añadir la observación de que los almanaques de Torres hablan siempre también de sí mismos, llevados de una querencia metaliteraria que no tiene parangón. El primer texto de la selección («Torres a su *Pronóstico*»), constituye un precocísimo anticipo de la tan actual historia o estética de la recepción: el autor-narrador se dirige amorosamente a su recién alumbrada criatura literaria, y la aconseja para el recorrido que le espera en su salida al mundo y que, desde el palacio real y la Corte a las aldeas y viviendas más humildes, abarca todos los estratos sociales. En un gozoso desdoblamiento, el autor se contempla a sí mismo, a través de su humilde criatura literaria, en el recreado escenario de su universal popularidad. Que escritura y existencia se identifican en este

autor que vivió escribiéndose, se comprueba en el resto de las piezas seleccionadas, cuya sustancia temática consiste precisamente en el proceso vivo de elaboración de las mismas. En un repetido juego de reduplicación interior de la imagen, el relato se convierte en el espejo en el que contemplamos a Torres viviendo la creación de ese mismo texto que estamos leyendo.

Que el lector disfrute del espectáculo que le ofrece este vitalísimo y zumbón ilusionista de las letras.

MANUEL MARÍA PÉREZ LÓPEZ
Universidad de Salamanca

NOTA A LA EDICIÓN. Los textos proceden de *Extracto de los Pronósticos*, tomos IX y X de los *Libros* u Obras Completas de Salamanca, 1752. Se han suprimido, cuando estaban intercalados en la narración, los versos correspondientes al juicio de las estaciones del año. Modernizo la ortografía y la puntuación, incluyendo la división de párrafos y la separación gráfica de los diálogos, perdidos en el interior de las amazacotadas páginas de las ediciones de la época.

Los Sopones de Salamanca y otros relatos de Diego de Torres Villarroel, «Gran Piscator de Salamanca», extraídos de sus *Pronósticos* o *Almanaques*

TORRES A SU *PRONÓSTICO*

(1725)

Ya te engendré, ya saliste, hijo mío, de las oscuras entrañas de mi fantasía. Ya dejaste el zurrón y por fin te lavé en la prensa las manchas de tu primer original. Y pues ya estás aseado y en sazonada edad, es forzoso que vayas a correr el mundo, aunque con bastante dolor de mi alma, porque sé que vas vendido a público pregón.

Tus primeros adoptivos padres serán los ciegos, gente que te guiará a bulto, y de tan poco miramiento que solo cuidará de su interés. Un año tienes que rodar y no habrá mansión, desde la Corte al monte, que no veas. Vas a padecer mil infortunios y a oír mil sátiras. En todo te encargo la paciencia.

No te doy más caudal que estas letras contra el tiempo; que, aunque tiene créditos de gastador, es el más poderoso negociante, porque carga con los bienes de todos y aún no se habrá cumplido el término cuando te habrá dado el pago. Te excuso de reducciones y conducciones, porque aunque no es oro, tu moneda es una calderilla que de un trópico al otro corren sus cuartos. A siete días vista para la inmediata feria se cumplen todos los términos. Solo algunos minutos podrás dar en cortesía; y no te detengas más, que tu carrera no admite paradas. Ya sabes que soy pobre y no tengo carruaje en que ponerte; pero no temas

el cansarte, que no harás a pie la jornada, porque sobrarán asnos que te lleven. El tiempo es corto.Y así, para conclusión de tu marcha, échate en la alforja estos avisos.

Pasearás primero la Corte. Y mira que en ella están los extremos de todas las cosas, el más loco y el más cuerdo, el más tonto y el más avisado; en los unos te compadezco y en los otros te envidio. Pasa por todo, que tú no vas a enmendar el mundo.

La primera parada serán las gradas de San Felipe, mansión de ociosos, centro de la mentira y plaza del vicio, donde comercia y vende sus embustes todo sopón, perdulario y gallofero. Ten buen ánimo y sufre sus locuras, que esta es gente que, como vive sin razón, no aguarda a razones, y fueras más loco que ellos en pararte a satisfacerlos. No te detengas mucho, que estás en el mentidero y te pensarán los discretos por uno de tantos.

Irás al Real Consejo. No a sus salas (que eres muy niño y allí solo entran hombres grandes); te quedarás en sus patios y puertas a mendigar los cuartos de los pretendientes, litigantes, agentes, abogados y toda la confusa caterva del horror y del litigio. Aquí te he menester, Piscator mío, más paciente, porque oirás repetidos dicterios y necias carcajadas. Sufre y advierte que el más mínimo de ellos te puede enseñar la jerga del mentir, del engaño y la trapaza. Porque si los que allí entran trataran verdad, no era necesario el Consejo, ni enfadar ni ocupar tantos ministros; y a lo menos la mitad de estos es preciso que mientan, porque todos no pueden tener razón. Y míralo bien claro: el que mueve el pleito sin razón y justicia ya miente, y a este no le falta abogado que le ayude, relator que le adelante ni escribano que le incite. Si es justo el pleito, el que se defiende es preciso que sea

mintiendo, y detrás de este se va otra cuadrilla de procuradores, agentes y diablos (porque son tantos unos como otros) a defenderlo y ayudarlo en su mentirosa defensa. Aflígete de ver a sus cónsules y superiores ministros rodeados de tantos enemigos que todos tiran a trabucarles el seso y el estudio, solicitando resoluciones a la medida de su apetito. Y consuélate; que si tú, Piscator mío, tal cual vez mientes, no perjudicas a nadie, y ellos destruyen con sus embustes las haciendas, las honras y las vidas, y no hay alma que esté segura de sus falsedades.

La casualidad te llevará a Palacio. Solo te pido que oigas, veas y calles, que es peligrosa otra explicación. Y no arguyas con nadie, ni te enojes ni defiendas, que tiene pena de la vida quien sacare la espada en su sagrado.

A las casas de los príncipes y soberanos tengo por cierto que las visitarás. Buen hospedaje te prometo el primer día en sus gabinetes; pero al segundo ya rodarás sus antesalas, y en poder de pajes que a buen librar te ahorcarán de un tapiz, y aun temo que te merienden alguna mañana.

Irás al que los letrados llaman *Estudio*. Y aunque eres enano, no te quedes tamañito a vista de sus cuerpos, que allí no hay más que el bulto, pues los más fueron hombres desalmados; y si alguno tuvo alma fue el alma del negocio, que es lo mismo que la de Judas. Todos esos Bártulos, Baldos, Gómez, Donellos, Cujacios, Farinacios, Vinios, etc. son enemigos unos de otros, y la opinión de uno la niega el otro y así se oscurece la justicia. Y los mismos profesores tienen la culpa, porque no solo inventaron la ley, sino la trampa, y por ganar gloria en una nueva evasión e interpretación barajaron y oscurecieron la claridad de las leyes y pragmáticas.

Tratarás con los médicos. A estos enséñales el tiempo oportuno para sus medicinas, que ya saben que *temporibus medicina velet; data tempore prodest.* Y diles que no todos enfermamos de comer mucho, para que la primera diligencia sea el *ruibarbo y mannae electae*; que nos destruye el callado pie de los días y enfermamos del sol, de la luna, del aire y la tierra, y estos daños no los remedia la purga ni las ventosas, ni quitar el pelo. En lo público serán grandes enemigos tuyos, porque les vas a enseñar la soga y es peligroso en casa del ahorcado; pero en sus rincones ya te pedirán consulta en las lunas, en los cuartos y alteraciones del aire. Enséñaselo de caridad, por el bien de prójimo y porque no se despueble el mundo antes de su determinado fin.

Si vas a manos de los músicos, aunque te den alguna solfa será a proporción. Es gente alegre que se ríe de todo; llévales el compás y haz lo mismo, y todos quedaréis iguales.

Los escribanos y contadores, si te cogen en sus uñas no temas más que el desprecio, porque apenas vean tus letras que no son reales, te darán gatazo.

Huye por Dios, si puedes, de las casas de las gorronas, que allí sobran *kalandarios* y en sus piezas se negocia con moneda de más valor que tus cuartos, y aborrecen todo pronóstico que tenga menguantes, y estas tienen cada mes su pronóstico y cada día su luna. Guárdate de sus ojos, que saben rendir un Salomón y trabucar un reino.

Te cogerán los buenos y los malos poetas. Aquellos te acariciarán, porque son amantes de todas las ciencias y han menester a tus lunas y estrellas para sus cielos. En los malos, ¡qué de sátiras te esperan! Ya sabes que es

gente sin conciencia, que ni lo soberano está libre de sus malditas plumas. Calla y sufre, que a todos mortifican y su mordaz lengua se ceba en lo más puro.

En los pueblos copiosos pórtate punto menos que en la Corte, y si es población donde hay universidad, observa con reflexión su turba. De los cursantes solo te advierto que son mozos y libres; pero los bachilleres, maestros y doctores (que serán los que, preciados de cátedra y rebosando silogismos, se mofen de tu crédito), pregúntales por la verdad de sus doctrinas, y sin turbarte arguye con tus demostraciones. Si es teólogo, pregunta si cesó aquella física predeterminación que les ha costado tantos gritos. Si es médico, procura averiguar si sabe ya ciertamente *si temperies materialis et febres diariae et putridae habent causam continentem*; o *si datur talis causa continens in omnibus vel tantum in aliquibus morbis*. Si es filósofo, pregunta *si in viventibus corporeis datur alia forma praeter formam viventis*. Si es lógico, si acabó de saber ya *si relatio praedicamentalis sit quid reale distinctum ab extremis*; o si averiguó ya *quod sint genera relationum et a quo summant specificationem.* Y en fin, si es jurista dile *si ex confessione quam quis facit productus in testem possit in aliquo judicio tanquam principalis conveniri*. Y todos te responderán: eso se disputa, eso se duda, esta escuela lo defiende *affirmative*, la otra *negative*, unos dicen que sí, otros que no. Pues doctores, médicos, teólogos y juristas: ¿para qué dais gritos?, ¿para qué gastáis el tiempo en disputar cosas que al fin de tantos siglos os estáis con la misma ignorancia, y cada uno en sus trece? Determinad o trabajad sobre lo ya cierto, y comunicadnos verdades y no dudas; dadnos demostraciones y no opiniones. Pues si a ti, pronóstico mío, te preguntan el día del futuro eclipse, demuéstraselo, y que

esperen con el caldero de agua y el cedazo: verán el cielo en favor de tu verdad. Si quieren saber el movimiento de Mercurio o de otro cualquier planeta, enséñales el camino; y si quieren saber la edad de la luna, dirás sus crecientes y menguantes; y si en las alteraciones del aire, juicio temporal y político, carestías o abundancias del año te arguyeren de algunos defectos, di que caminas como ellos guiado de la conjetura, y que si mientes es por boca de los filósofos que te enseñaron a silogizar y a deducir *unum ex alio*, ignorando la primera esencia de las cosas y opinando sobre la existencia. Mira que no te dejes ajar, que todos te han menester. El teólogo para sus cómputos eclesiásticos; el jurista para el conocimiento del dudoso malhechor, que mil veces el buen juez práctico conoció por el arte fisonómico el delito: *Heu, quam difficile est crimen non prodere vultu!* El médico camina a ciegas si no le das a conocer los días críticos, judicatìvos e intercidentes en las enfermedades agudas y *exacte* peragudas, que estos cuentan los días por los dedos y sus pronósticos no valen nada sin saber la ciencia fisonómica, que el rostro es balcón por donde se pasea el alma, y sus gozos, tristezas, males y bienes están dibujados en sus facciones, y hasta las viejas saben que *el bien o el mal a la cara sal.* Te necesitan para la elección de sus baños, purgas, flebotomías y para infinitas cosas que tú sabes y ellos ignoran. Aconséjote que no te encolerices en el argumento ni les persuadas con fuerza tu doctrina, que son porfiados y más quieren estarse en sus trece que sacar en limpio una verdad, y esta la niegan muchas veces, como ellos dicen, *ut detur locus quaestioni*, que es decir *siquiera por porfiar un rato.*

Solo en las aldeas te espera buena vida, que la sencillez de sus moradores te dará más crédito que el que llevas

en mis letras; y en sus cocinas, al humiento calor de los tizones, reirán tus gracias y echarán mil bendiciones a quien te parió. Los sacristanes y barberos —y si hay herrador también—, que son los senadores de las campiñas, harán sus réplicas, pero los convencerás con cualquier juguete y todos viviréis a la buena de Dios.

A la luz de estos avisos podrás ver cómo tratas con otras gentes. Y no teniendo más que advertirte, adiós, que temo de nuestro cariño que el uno haga ollas y el otro pucheros. Adiós, hijo mío, y buen viaje.

Los ciegos de Madrid

(1732)

«—Ea, Torres, ya te puedes meter a guisandero de comedias; no hay cosa más fácil que rebuznar octavas, décimas, romances y ovillejos. Para tres jornadas, ya sabes que sin mucho trabajo puede hacerlas en este tiempo cualquier pollino. Déjate, pues, de la locura de tus adivinallas; reniega del disparatorio de tus lunarios; echa a los diablos los compases, anteojos, bolas y bigotes, y toda la catalineta de los *Pronósticos*. Ponte a casamentero, que más vale mentir de tejas abajo. Y si no, éntrate a director de potras; acomódate, si te parece, a sastre de bragueros; gradúate de maestro de caparazones; introdúcete a mondar nalgatorios, a galopín de emplastador, a confitero de julepes, a regatón de ayudas, arlequín de los filósofos del servicio o metemuertos de Medicina. Los calendarios rinden tan poco que no los quieren ni aun a trueque de maldiciones. Este año 31 ha habido langosta de astrólogos y pulgón de *almenakes*. Esto de Piscator tiene calidades de tiña: no hay oficio tan pegajoso. Muchos de los lunarios que se imprimieron han servido para camisones de especias y para aforrar traseros de hojaldres. Otros autores se han conchabado con el gremio de los coheteros: no hay duda que lucirán sus obras. Los más escritos de esta calaña sirven para que se ensucien sobre ellos los boticarios cuando les piden algún unto. A buen librar, irán los

tuyos a componer cartones para formar las carántulas de los cagalasollas, o se destinarán a moqueros y escarbadientes de los ojos. ¿No estás cansado de que te anden los ciegos arremangando por medio de esas calles? ¿De escribir obras que se despachen a pregón como si escribieras pollos, requesones o espárragos? ¿De que estos te vendan, aquellos te pellizquen, te muerdan los burros, te acoceen los médicos, te ahorquen los letrados y te emborrachen todos? ¿Qué tienes tú que andar avisando a los otros del aguacero que habrá tal día o de la tronada? Si lloviere, métanse en un portal; y si tronare, encomiéndense a Santa Bárbara, que lo mismo haces tú cuando llueve o truena. Ponga cada uno la capa donde no se la meen los nublados y dispóngase para cuando lo llamen a cuentas, advirtiendo que para que dispare Dios los rayos formidables de su justicia no es necesario que haya turbación en el aire, ni que amenace desde las nubes a los hombres. En no habiendo agua cuando tú lo previenes, te meten el vino a puñadas en el celebro, y Torres se ha embriagado siempre que se les antoja a los botarates. Si alguno ha de purgarse, allá se lo haya con su purga y no te mates tú sobre que no lo mate el doctor. A estos déjalos que sean ponzoñosos, que receten puñaladas de barbero o porquerías de boticario. Si tú sabes aquellos días en que son nocivos los purgones, brebajes y lanzadas, aprovéchate de la noticia y no te aventures a que te desprecien el aviso. Fuera calendarios, escribe loas y villancicos, y lloverán sobre ti sacristanes de monjas y mayordomos de cofradías como credos en ahorcado.»

En esta conversación estaba yo con mi capote en un cuarto que empieza a ser bajo desde el techo, derribada la calavera sobre el bufete, machadas las narices contra

la tabla, cruzadas las manos en el cogote, tragado de los pensamientos y engullida toda mi atención en el cuidado de buscar oficio para no ser zángano en esta gran colmena del mundo, cuando me amoqueteó las orejas el «¡Ah de casa!» cascarón y desapacible, pasado por entre los colmillos de una vejancona remendada de dueña y de diablo, fantasma familiar, visión entrometida, marimanta doméstica, zancarrón mohoso, piltrafa de la naturaleza, arambel de la humanidad, corcovada, tuerta, cojitranca y machorra, con su pelambrera de bigotes y un par de verrugas gordales jineteando sobre media libra de narices. Traía sus chorreras de arrope de tabaco y, columpiándosele, dos tetas de marrana, prietas y blandujas.

Ensartóse, pues, en mi aposento; y, reatado de un farrapo de su mantilla, se coló detrás de ella un espantoso mamarracho, con dos varas y media de cabalgadura: el salvaje más descomunal de cuantos aúllan gacetas y calendarios por las plazas, ladran jácaras por las calles y gruñen oraciones por las esquinas. Quitóse al entrar por la puerta una plasta de paño y sebo, que venía haciendo el papel de montera sobre su calvaria, y se le descubrió en el calabazo un lobanillo tan gordo como un puño. Su frente estaba repartida entre bollos, chincharrazos y costurones; barbón de cejas, estercolado de lagañas, más chato que un cerdo, con una cara racimo, llena de granuja y teñida a ramalazos de carraspada. Traía pendiente del pescuezo una capacha de pellejo de burra, grasienta, asquerosa y rebutida de manojos de jácaras, novenas, sonetos chabacanos y ensaladillas entre algunos zoquetes pringados. Colgábale del hombro izquierdo una vihuela cubierta de botanas, remiendos, cataplasmas y parches; y todo tan mugriento, sucio y andrajoso que podría sin duda servir de vómito al estómago más robusto.

Sorprendido quedé de los dos espantajos que de repente se me ofrecieron a los ojos. Pero la vejancona, sin aguardar a que yo la preguntase con qué destino se me introducía en mi aposento, me dijo:

—Aquí tiene su mercé, señor Piscator, al *implusulta* de la cieguería y a la flor de las guitarras de Madrid, al señor Cosme Mocorroño, que a fe que me tiene su mercé por allá algunos pares de oraciones, porque las ánimas benditas lo hagan bueno y lo libren de las malas lenguas, para que percure el bien de los ciegos y les dé a ganar dos dedos de pan con sus *Almenakes*. Dambos dos venimos a pedirle una petición de parte de toda la *Hermandá*; y es de menester que la otorgue como buen hijo, ansí vea criados los que tuviere, para honra y gloria de Dios y de su Santísima Madre.

—Sea loado Dios —añadió Mocorroño— y guarde a su mercé, señor Torres, de soplones y testigos falsos, y amanezca con bien.

Yo, que aún no había podido hacer baza con la tarabilla de la vieja, correspondí a sus salutaciones sencillas y a sus cumplimientos palurdos diciéndoles cariñosamente:

—Abuela, buenos días; bien venido, seó Mocorroño. ¿Qué es lo que se ofrece? Digan lo que buscan, que ya saben que Torres no es de la trulla de los zainos; y el amigo Rebollo, el Papudo, Culo de Perol, Orche, el Tiñoso, Arrastracardos y los demás de la cofradía tienen conocimiento de que no es zurdo el Piscator de Salamanca y que hace a dos manos por los hombres de bien.

—De gloria lo halle su mercé —dijo la visión de la vieja, con muchas ponderaciones en el gesto— cuando se lo lleve la descarnada.

—Mis compañeros —dijo el buen Mocorroño— como en el *efleuto* barruntan el aquel que tiene el señor Torres por los ciegos, se atreven a pedirle una petición; y yo vengo en persona de toda la Gente del Garrote a meter el empeño para sacarle a su mercé la palabra. Diz que su mercé no quiere hogaño dar a la emprenta su *Almenake*, por yo no sé qué cancamurria que tiene con los pronostiqueros. Los probes están con este judío y si su mercé se las tiene tiesas, bien nos podemos ir a buscar la cagada de lagarto por esos andurriales.

—Lo que se ruge por *Madril* —acudió la Vieja— es que su mercé tiene la tirria con tantos boloños que quieren meter su hocico en boñiga, como si el hacer kalandarios *juera* escribanear a troche y a moche, a salga pato o gallareta.

—Ahora mismo, seó Mocorroño —respondí yo—, estaba confirmándome en la resolución de no escribir más almanaques; porque ya se han criado tantos astrólogos que ni a mí ni a los ciegos les puede tener cuenta lo que yo escriba.

—Tenga su mercé la mano, señor Piscator —replicó el ciego—, que los pronósticos de los otros no perjudican al que su mercé saca de su *calletre*; que, como los demás kalandarios no van aparejados con los pelendengues, bolras y arrumacos que su mercé les cuelga a los suyos, toda la gente se come las manos detrás de ellos; y esta *experencia* la tenemos a ojos vistas, y se despachan que es una bendición de Dios. Y, aunque salgan más *prenósticos* que no sé qué me diga, los de su mercé se han de vender a mojicones. Por eso, señor Piscator, no hay que enfurruñarse. Ropa *juera* y manos a la obra, que no lo perderá de los probes ciegos.

Añadió a esto el buen Mocorroño todas las cosas que le dictó su retórica parda y su elocuencia roma, y no se descuidó Marinuño en hacer rogativas revueltas con ademanes y pucheros; conque los hube de conceder lo que me pedían, diciéndoles:

—Ahora bien, seó Cosme Mocorroño; por este año haré lo que me piden mis amigos los ciegos, pero tengo intención de poner aparte las coplas que han de corresponder a las lunaciones, para que ustedes puedan cantarlas y venderlas a su placer.

—Bien está —replicó Mocorroño—; pero si su mercé nos da el *Pronóstico* a secas, sin coplones y cascabeles, se nos queda el rabo por desollar.

—Pues para que tenga algún sainete -—le respondí— le pondremos por introducción esta misma diligencia de ustedes; y en las lunaciones, dos o tres coplas de las jácaras o seguidillas que se han de cantar y que yo mismo iré repartiendo entre los Hermanos. Y Cristo con todos.

—Ello por ello —dijo la viejarrona—, ya no hay que pedir sino es *cutufas*. Permita su *Majestá* dárselo de cielo y el Señor se lo multiplique. Zafemos de aquí, señor Mocorroño, que ya *semos* al cabo de la *enfecultá*.

Despidiéronse con esto los dos estantiguas. Cerré mi aposento y formé los cálculos y juicios del año...

LOS SOPONES DE SALAMANCA

(1734)

Guiado de la moribunda luz de unos retamos, que a par de una pajiza choza alumbraba a sorbos y ardía a trompicones, llegué yo después de acostado el sol, una de las tardes del octubre, deseoso de encontrar alguna persona que me volviese al carril que me hizo perder la terrible cólera de una furiosa tempestad. Apenas conocí en la distancia alguna proporción para ser oído, rompí mis ansias en las tres voces de *¡Hola!*, *¡Pastor!*, *¡Amigo!*, que son regularmente el chilindrón legítimo de los descaminados.

Asomó perezosamente a la rotura de la breve cabaña un viejo sostenido de un acebuche, con un rostro orejón, abofeteado de las injurias del aire, y tan herido de las coces de los años como si hubieran pasado por encima de su cara con zapatos de hierro. Los ojos eran dos mataduras; la boca, una sima emboscada entre matorrales de cerdas, sin más población que un colmillo mohoso que hacía la vida solitaria en ella, como su dueño en aquellos montes; y tan pelmazo y zancajoso de palabras, que me pareció que pronunciaba con una porra en vez de lengua. Su vestido era un gabán de cabra, ceñido con una coyunda de ternera entrada en días, unos talegos de esparto indiciados de calzones, pantorrillas de oveja, abarcas de cochino, y sobre todo un capisayo o burel de pajas

de centeno, con su capirote de la misma cotanza. Parecióme el racional monstruo un niazo portátil o un solar andante de los del Reino de Galicia.

Golpeando, pues, con el cachiporro de su lengua las inocentes palabras de un portugués dulcemente retórico, y dándome señales de piadosa inclinación y no común crianza, me dijo:

—¿*Que má ventura há votado a vosa mercê, senhor fidalgo, a estes matos ou picotos?*

Respondile en un idioma criollo, lenguaje mestizo de español y lusitano, que ciego y aturdido de la pasada tormenta, sin saber a dónde, cómo ni cuándo, había dejado la vereda que pisaba. Roguele me permitiese esconder de las destemplanzas de la noche en su choza, y que le pagaría con mil gracias y algún dinero el hospedaje.

—*Ainda minha casa má* —acudió el portugués— *é decente para receber um home de boa traza. Apeese vossa mercê, que não lhe faltará em él uma corna de leite para cear. Deitará o frio da noite com os fumos de essa fogueira; rezaremos o rosario; e, com quatro peles que tenho na cavana, lhe asseguro que há de durmir melhor que sobre os colchões do Papa.*

Púsele la apea al caballo, llevó libertad para comer cuanto encontrase, y yo me colé arrastrando en ademanes de culebra por la estrecha rotura del albergue. Lieme en los sucios pellejos, el pastor ángel empezó a añadir retamas a la agonizante hoguera, y a su dulce y pacífico calor empezamos a razonar, siendo el asunto de nuestra plática la historia de nuestras miserables fortunas. Dijo él:

—*Muito desejo, Senhor Cabalheiro Castelhano, saber os vossos destinos,* e *para que podais falar com algum*

discreto descoco, sabei que tendes diante (ainda que escondido nestes rudos troncos) uma ilustre rama dos Sousas. Cursei as Escolas de Coimbra, e servi de capitão de cavalos a Don Juan Quinto nas guerras passadas com Castelha. Já sabeis com quem falais, depois vos referirei os motivos que me têm feito conventual destas montanhas.

— No quisiera pagaros el alegre hospedaje con la tristísima relación de mis sucesos —dije yo—, mas pues vos gustáis, oíd.

«Yo soy un escolar adivinanza, hombre acertuja, como dicen las viejas; pues ni soy soltero, casado, fraile ni cura, ni lo puedo ser. Conque propiamente soy nada y el más demostrable efecto de este principio. Soy tan infelice, que solo viví de balde aquellos primeros meses que contribuyeron mis padres a mi crianza. Y desde entonces hasta hoy, que aún no puedo contar treinta y seis años, me cuesta tan cara la vida, que la compro a puras congojas, sudores, esclavitudes y calamidades. No me ha bastado nacer en el ombligo de la cristiandad, ni la recomendación del bautismo, ni los favores de la naturaleza, para librarme de las deshonras, maldiciones, sátiras, porrazos y otros tormentos con que me han perseguido cruelmente mis compañeros los católicos, para hacer menos meritorios y más insoportables mis martirios.»

«Estudié todas las ciencias; y en tan desafortunada hora las fui aprendiendo, que la Filosofía me sirvió para no conocerme, la Medicina para vivir enfermo, la Teología para tener tumultuosa mi conciencia, la Retórica para conciliarme enemigos y rencores, la Matemática para morirme de hambre, la Poesía para padecer esclavitudes. Logré en todas (para vivir sin honra) los honores de maestro, doctor, catedrático, lector y escritor, y fui famoso

para morir más afrentado. A los treinta y dos años de mi edad ya había escrito e impreso doce tomos de cincuenta pliegos cada uno sobre los sistemas de estas facultades; y solo me prestaron estas pesadísimas tareas para hacer ricos a los libreros e impresores de España, los que escandalosamente me están comiendo el patrimonio que debí a Dios, a mi estudio y a mi retiro.»

«Una inocente casualidad me tiene infame, pobre, esclavo y perseguido. Acudí al Rey (Dios le guarde) a pedir justicia contra el desatinado coraje de mi estrella; y...»

Aquí llegaba, cuando me helaron las palabras en la boca los gritos de unos pasajeros que al parecer venían tan descaminados corno yo a aquellas espesuras. Salí de la cueva a examinar la causa del impensado rumor, y me hallé con dos mulas que cada una traía sobre sus ancas un par de machos y un maletón que pudiera servir de tumba al gigante Goliat. Arrojose con notable ligereza el uno de ellos y, tirándose a mí, me estrechó en sus brazos y me requebró con las voces de:

—¡Maestro mío, mi Doctor! ¿Quién pensara que habíamos de lograr esta fortuna en tan intratable páramo?

Descolgáronse los otros e hicieron en mí otras equivalentes expresiones. El legañoso pastor, que estaba observando con los ojos y la atención a la boca de su cueva las cataduras de aquella gente, saliendo un poco mas afuera, les dijo:

—*Ainda que é preciso estar com alguma desconveniência em esta cova, porque o seu fundo não pode receber com largueza tão boa gente, entrem vossas mercedes, que uma noite na cadeia se passa.*

Aceptaron con mil señales de agradecimiento. Y yo acabé de conocer, a la cercana luz de las débiles ramas, y vi que eran los bachilleres Machín, Bazán, Chacón y Berbén, sopones de Salamanca que, porque habían masticado algunos mendrugos astrológicos, se llamaban a boca llena discípulos del Gran Piscator. Pasaban —según dijeron después— a perder un año a Lisboa, confiados en el bodrio de las porterías frailescas, que son la mesada y letra abierta de los perdularios y tunantes.

Malmetieron sus maletas a la choza y todos nos ensartamos a estar unos encima de otros como racimo de chinches en cornejal de colchón. Bazán —el más festivo de la trota—, que se había quedado trasero, entró con un envoltorio en una mano y un botijón de chocolate pisado en la otra, y sin gastar prólogos ni cortesías dijo:

—Vamos cenando, y muérase la muerte.

—Ea, pastor amigo, señor maestro —acudió Machín—, comamos y bebamos, y con salud nos enterremos, que esta vida otro la ha de heredar.

Desarrebujó de un rodillón, entre toalla y arpillera, más negro que alma de los que mal me quieren, un codillo de marrano y un par de morcillas de puerca, que en lo hediondas parecían del cagalar. Desapareciose a pocos mordiscos la merienda, y luego que escurrieron a raíz el último trago, Berbén, que ya tenía alquilado el celebro a los despropósitos, trompicando con la voces, dijo:

—Esta noche, señor maestro, hemos de hacer el calendario del año que viene entre los cuatro pobres, ¡por vida de la coruja! Y si hubiera una guitarrilla, nos oyera cantar los sucesos políticos por «Las tres ánades, madre» con admiración.

—*Eu não tenho viola* —acudió el dueño del cortijo—, *mas tenho um asssobio de cana no meu alforge. Divertam-se vossas mercedes, que eu lhe ajudarei a cantiga que quiserem.*

—¡Viva el amigo! —dijeron todos, ya medio calamocanos.

Sacó la flautilla del zurrón el portugués y Chacón, que era más moderno en el arte de mentir y en la facultad de quedarse sin camisa, dando algunos traspieses con la lengua, dijo:

—Con licencia de mi Maestro, voy allá a andar la primera estación...

[. . . . . .]

Medio dormido el que cantaba y los demás dando cabezadas, llegaron a esta copla. Iba Berbén a cantar la suya, y se le durmió la música en la boca. Y, arremolinados como un pegujal de cerdos y haciendo visajes con las ofensas del humo, el vino y los vapores del pernil, nos agarró a todos el sueño. Y hasta que el sol se entró por la choza a darnos los buenos días, ninguno volvió a conocer su racionalidad. Despertaron todos con tan diversas configuraciones y posturas, que en las visiones de San Antón no se pintan tales mamarrachos.

Despidiéronse finalmente los cuatro tunantes y yo me quedé con mi pastor, para volver a atar el hilo que de la relación de nuestras aventuras nos había quebrado su violenta gritería.

Aquí me quedo por ahora. En otra ocasión se sabrá cuál fue la causa de retirarse el honrado portugués a aquellas soledades, y qué destino y peregrinación tomó el desdichado Torres.

El mesón de Santarén

(1735)

Yo había embolsado mi curtida corambre en el costroso berrendo de un mulo vejancón, decano de los senadores de Almagro y Carancuel, a fin de que su lanudo tejido sorbiese de mis carnes la enfadosa humedad que había empapado en ellas un profundísimo chapuzo que me hizo dar la maldita bestia en un arroyo vecino a Santarén, lugar que dista catorce leguas de la gran Lisboa. Pálido, triste, amortajado y con más ademanes de difunto que acciones de viviente, estaba tendido en la caballeriza del mesón —sitio propio para quien ha tanto tiempo que está a los pies de los caballos—, sin gozar mis aporreados lomos otra blandura que los vellones del estiércol, ni mi débil cabeza más reclinatorio que un mendrugo de estaca burrajeado de corcovas, nudos y astillones.

A hurtadillas de mis cuidados, a pesar de mis congojas, descortés con mis tribulaciones y sin darse por entendido el cuerpo de los mordiscos de la rabiosa manta ni de las tarascadas de los secos pajones —porque ya, bendito sea Dios, está hecho a todo trapo, a todo azote y a toda laceria— me iba a dormir, cuando me arrancó el sueño de los ojos la ingrata solfa de una rumba, que venía berreando a los golpes de un cribo un bergante de un mulato aloque, fondo en graja, con un monte de chuzos por melenera, barbado a hisopadas, puchos y salpicaduras, ciclán de

ojos, castrado de narices, zaino de guiñaduras, torcido de gambas, y de tan horrible ceño que solo con el semblante venía pidiendo a gritos la horca.

Menudeaba el sochantre de pico redondo los porrazos en el violón del burro y proseguía su canto con tan desagradables entonaciones, que desgarraba las orejas. Mortificado más de sus bramidos que curioso de saber la historia de su jacarandina, me incorporé sobre la paja y vi que también estaba con los oídos en puntillas, escuchando al Jilguero de Parada, un gordo y reverendo abad, barrigón de ojos, orejas ramplonas, barbado de aguijones y púas, que llevaba a cuestas doce arrobas de cuerpo, dos líos de bayeta funeral y cinco libras de tabaco espurriado por la sotana y el capirote. Rebuznó, pues, el horrible bramón hasta dos docenas de coplas portuguesas palurdas en romance castellano, de las cuales solo se me fijaron en la memoria las siguientes:

Na ribeira do Tua
o grande Torres ficaba,
trocando em húmida vida
o que antes foi vida airada.
As penhas daquele rio
com seus queixumes abranda,
e com seu chorro negro
enturba suas puras agoas.
Não grita pelos tormentos
que lhe tem dado a desgraça;
chora esquecimentos, pois
ninguém lhe ouve as suas ânsias.
Se lembra dos seus contrários
e, esquecido da su raiva,
pede ao Céu que em clemência

troque sua cruel vingança.
Um burel de pano gordo
é o vestido que gasta,
atado ao palido corpo
com um correão de vaca.
Couves e pão de centeio
foi sua sopa ordinária,
pasto que o magrecia
ainda mais que alimentaba.
Um ano esteve servindo
em a Capela da Lapa,
sendo exemplo das vidas
e o consolo das almas.
Em ler os livros devotos
aproveita as manhãs,
e em escrever e em orar
o resto do dia gasta.
Alguma vez se diverte
em bordar e andar a caça,
que assim engana o pensamento
e aborrece a esperança.
Aos lugares vicinhos
gostoso um poquinho baixa,
se algum triste lhe vocea
ou algum doente o chama.
Quando seus ditosos passos
estas estazões andam,
repentinamente grande
uma doença o apanha.
Chegou ao sétimo dia
cheio de agonias raras,
e ao fim ditosamente
a Deus entregou sua alma.
Em fim morreu Torres, etc.

Apenas bramó el descomulgado músico estas tristísimas palabras, dijo el abad cuba:

—*¿Com que morreu esse homem? ¿O sabes do certo, Manoel?*

Yo, sin concederle tiempo para la respuesta, y olvidado de que no tenía sobre mi cuerpo más ropa que el tragón del berrendo, me deslié de él y salí hecho un San Onofre con las melenas en algarabía, y dije:

—No se ha muerto; y miente el poeta, el músico y cuantos le dieron la noticia. ¡De malas seguidillas muera el pícaro que urdió el romanzón tan relleno de cachorradas, mentiras y embustes!

Agarré a esta sazón el costal —manta para abrigarme y esconder de los ojos del abad ballena y el cronista pez lo que ya habían visto y yo no quiero decir. Repitió el abad con el gesto algo ceñudo:

—*¿Quem é vossa mercê, que tanto sente este mortório? Que eu sou o homem mais apaixonado que tem Torres no mundo, mais nunca fizera tão furioso e desvergonhado sentimento.*

—Yo, señor mío —repliqué—, aunque desfigurado por las calamidades, soy ese Torres que ha traído en su negra boca ese cantor ventioseno. Y aunque soy derrenegado de las supersticiones, los agüeros y los azares (porque solo creo que nos hemos de morir todos de la calentura de haber nacido, y no porque se nos quiebre el vaso, se derrame la sal, o se magulle el salero), no obstante no me da gusto que me canten en vida el *Parce mihi* ni el *Verba mea*, ni menos que me hagan coplas como a los ahorcados.

—*¿Com que vossa mercê é Torres?* —volvió a decir el abad, sembrándose las narices y la cara de cruces.

—Sí señor —respondí—, y no haga tantos calvarios, que otras torres y paredes más altas habrá visto vuestra merced por tierra. Y si todo ese espanto es de verme tan desnudo como cuando me disparó mi madre de la barriga, crea vuestra merced que, andrajo más o menos, siempre he estado como me ve ahora. Y doy mil gracias a Dios, pues aunque me han dejado en cueros mis desgracias, no me han podido quitar el pellejo; que este, aunque roto y trasquilado, aún se conserva para lo que ninguno sabe. Y si conociera el carpintero bruto que fabricó la jácara, le había de atravesar por las sienes cuatro pares de desengaños. ¡Belcebú lleve a tanto tonto jacarero, novelista y desocupado que me persigue! ¿Qué tiene nadie con Torres, ni Torres con ellos? Unas veces me levantan el testimonio de que soy fraile, otras que ermitaño; mil veces han dicho que estoy con la Unción y otras tantas que soy muerto; unos juran que me echó a coces del mundo un tabardillo, otros que unas cámaras y muchos que unos camaranchones. Yo no soy nada, ni fui más que Torres; ni en mi vida he tomado la Unción en singular ni en plural; ni la muerte a pechos ni a espaldas, por arriba ni por abajo. Y todavía vivo y revivo, como, duermo y sueño, y he de vivir un poco más allá de mi vida. Yo no doy guerra al cuerpo ni alma de ninguno; déjenme en paz con mis huesos y mis trabajos, que yo me los lloraré a cántaros o a azumbres, como Dios me ayudare.

Del establo, cocina, pajar y otros zaquizamíes del mesón salieron muchas gentes de todas castas; mozos de camino, muchachas de alquiler, gañanes de mulas, pasajeros y otros estantes y habitantes. Y en la aceleración de

los movimientos conocí que venían a desparramar los colitigantes, persuadidos a que nuestras voces eran ocasionadas de algún envoltorio de palos. Yo, como me vi tan desabrigado que para parecer ánima del purgatorio solo me faltaban las llamas y los tizones, me tumbé otra vez al estiércol, temiendo alguna pisa de azotazos y pescozadas. Recogí la lengua, encerré el enojo, y el tinajón del abad se quedó informando a los circunstantes del motivo de la gritería.

Llegaron todos a reconocer con más cuidado al Piscator adán y con mil señales de gozo me hicieron levantar de la piscina. Un canónigo montés que estaba en la tropa, más escurrido que mis fratiqueras, más largo que mi destierro y más negro que mi ventura, sacó de su maleta una camisa mortaja, un ropillón talar y unas bragas sayonas con que cubrí mis antes y mis postres, entre tanto que se enjugaban mis arrapiezos. No hubo monigote en la runfla de los que me habían rodeado que no me preguntase al punto por mi libertad, y si tenía algún aviso de su paradero.

—No sé dónde vive esa mi señora —les respondí—, ni sé cuándo querrá volverse a juntar conmigo. Dios la dé luz y la recoja cuando sea su voluntad y se duela de su perdición; y si vuestras mercedes me quieren dar algún gusto, no me hablen de ella bien ni mal.

—Dice bien el señor astrólogo —acudió un caleserillo castellano rollizo, rubio, barbas de azafrán, juanetudo de carrilleras, estevado y romo—. Hablemos de cosas alegres; y pues la malaventura le ha traído a vuestra merced por esta tierra, si quiere componer el calendario con jacarillas de caleseros, aquí estamos cuatro macarenillos que le daremos leña para fabricar diez celemines de almanaques.

—Guarda tus coplas y las de tus camaradas, hijo mío —le dije—, que para este año no las he menester.

—*¿Pois vossa mercê não ha de escrever este ano seu* Pronóstico? —dijo el canónigo soga.

— Sí señor —repliqué—, estoy en la deliberación de hacer el calendario; pero el *pronóstico*, ¡guarda, Torres, ni por lumbre! No lo haré ahora por muchas razones; y la más poderosa es porque este año de treinta y cinco han de saltar extraños sucesos, así políticos, militares, como áulicos. Todos los mal intencionados, los ociosos, los que tienen tragona la credulidad y la inteligencia flaca, han de salir por lo enmarañado de los juicios a caza de novelas y noticias; y las liebres les han de parecer zorras y los gorriones avutardas, y han de levantar mil testimonios al monte y al montaraz. Yo quiero guardar mi coto y no darles entrada, y allá se las avengan con los demás embusteros, que yo ya estoy ahíto de majaderías.

—*Esse temor é muito tolo* —acudió el escuerzo del abad—, *porque a vossa mercê já não lhe ham de fazer mais desgraçado, nem tem ja que tirarlhe; e assim, escreva ajustándose (como sempre o tem feito) ao temperamento das constelazões, sem nomear pessoa, e deixe aos noveleiros que comentem e discorram o que elhes quiserem. E se vossa mercê da em ficar ocioso nesta casta de escritura perderam o credito todos seus papeis e não haverá quem os merque, como nao sejam os temadeiros ou os que fazem foguetes.*

—Cuide vuestra merced de comer los discretos ducados que le da su simple abadía —le respondí—, y déjeme con mis elecciones o capricho, ya que no tengo otra renta que percibir ni de que cuidar. A mí no me puede

hacer daño el silencio en estos asuntos, y aun en las más ocasiones es más bien admitido el callar que el hablar. Y así, suplico a vuestra merced que proponga otro argumento que nos sirva de deleite a la conversación, que este no he de consentir que se toque en mi presencia. Si vuestra merced o alguno de los circunstantes desea saber algo de los sucesos naturales, yo les explicaré claramente lo que alcanzo de ellos por las disposiciones celestiales; pero en lo demás no esperen de mí la más leve expresión. Si Dios nos deja pasar este año y llegar a otro, entonces hablaremos.

—*Fale vossa mercê e seja o que quiser* —dijeron todos, menos la gente del gordillo, mozos de mulas, caleseros y el mulato, que como no esperaban conversación de su gusto huyeron del sitio. Y quedándonos solos el abad, el canónigo y otros pasajeros de buena ropa, hice para todos el juicio del año que ya pasó, por lo cual no se ponen sus sucesos. En este *Pronóstico* no puso coplas su autor.

La junta de médicos

(1740)

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme (esta es la entrada del libro de *Don Quijote* y esta es la de mi *Pronóstico*, y ninguno se le ponga al paso, porque ha de entrar y salir por donde a mí se me antojare); en este lugar, sea el que se fuere, y sobre el poyo de una de sus posadas, estaba yo tan agasajado de mi memoria que no me proponía recuerdo que no fuese feliz, y tan aborrecido de los malos deseos, las tentaciones, los antojos y otros enemigos de la conciencia y la serenidad, como si no me hubieran conocido ni maltratado en toda la vida.

Papábase mi alma este poltrón sosiego con singular regalo de sus potencias, cuando repentinamente perdí toda la tranquilidad, viéndome recolgado en las garras de un clerizonte lechuzo, caudaloso de narices, descarnado como la muerte y tan aguzado de ternillas y huesarrones que todo él podía entrar y salir por el hondón de una aguja. Zamarreábame con violencia cariñosa entre sus espinosos ganchos, y con otras amorosas palabras me repetía muchas veces estas:

—¡Algún ángel ha traído a vuestra merced por acá! ¡Ahora sí que tendrán tantos pobres el alivio que esperan!

—Suélteme, padre cura —le dije—, que yo no vengo a llenar hambrientos ni a cubrir desnudos, porque apenas

tendrá mi bolsa para concluir el viaje adonde me llevan mis negocios. Si cree que soy algún genovés, arrendador de tocino, poderhabiente de Indias u obligado de carnes, se engaña.

—Porque le conozco — replicó— le saludo y le clamo como a consuelo de nuestros males.

Desprendime de sus brazos a tiempo que llegó a nosotros otro viejo apelmazado de testuz, ponderado de bigoteras y muy perezoso de portante, porque traía dos azumbres de gota en cada pierna. Estaba vestido a la moda de quinientos años a esta parte: valona talar, ropilla con sus faldones de ala de pavo, pihuelas y follajes a los gregüescos y sombrerón de a folio con sus borlas guindadas a la trasera, a la usanza de abad gallego. Repasome con la vista toda la figura, y después de una larga suspensión, puesto en ademán de aspado, dijo:

—Venga y abrace, señor Piscator, al doctor Gorgolla, médico titular del Toboso, patria de la sin par Dulcinea, mi señora.

—Téngase —le respondí, tirando dos brincos hacia atrás y echándome una pellada de dedos sobre las narices—, que aunque fuera la misma Dulcinea en carne humana y yo estuviera muy hambreón de apretujones, no la abrazara por aquel olor que tuvo a sobaquina. ¡Mire qué traza de echarme a pechos la pestilencia de un doctor que siempre está resollando pujos, cámaras, tiña, sarampiones y otras epidemias y contagios! Apártese y hable de lejos, que soy aprensivo de doctores, desdichado de recetas y asqueroso de pestes.

—Deje vuestra merced chanzas vulgares, seó Torres —acudió Gorgolla—, seamos amigos. Y pues yo no reparo

en que se me peguen los malos humores de su Astrología, no presuma que le puede dañar una migaja de porquería, que es lo más que tienen nuestros aforismos.

—¿Chanza llama vuestra merced? —repliqué yo—. Juro por todos los tratados *de vomitu* de Avicena que más temo a un médico solo que a todas las almas del purgatorio; más que a los muertos, las viejas, los hechizos, las horcas, las pedradas de mano zurda y...

Cortome el hilo de las ponderaciones otro viejecillo enfaldado de persona, escandaloso de bezos, ahíto de papadas, corvo de bigoteras y malintencionado de semblante y coyunturas, porque por todas las de su cuerpo se le salía el rejalgar de su alma, lo acedo de su humor y lo repodrido y avinagrado de su naturaleza. Este, pues, sin habernos dicho "Dios te guarde", que es la salutación que gasta el más mal judío con cualquiera cristiano, poseído de la cólera y la descortesía, rebuznó así:

—¡Vamos con mil demonios, que ya podían vuestras mercedes estar en casa del enfermo, que yo tengo otras visitas que hacer de tanto cuidado como la suya!

—Ya vamos —respondió el clérigo, medrosamente acelerado—, mientras hacemos al señor Torres la súplica de que nos honre asistiendo a la junta.

Súpole tan mal mi nombre al rabioso médico, que desde que le oyó estuvo con un gesto tan arregañado como si estuviera oliendo una letrina. Y yo, sumamente gustoso de que estuviese tan colérico y apesadumbrado, ofrecí visitar al enfermo y hallarme en el consejo de guerra; ya que no a votar, a ser testigo de la sentencia de su muerte.

Partimos todos y por el camino me informó Gorgolla de que el recién llegado era el doctor Calabrés, médico de aquella villa, hombre furioso y de exquisitas resoluciones.

—Malos años para él y para los pobres que caigan en sus manos —dije—. Yo me alegro de conocerle para huir de él todos los días de mi vida. Si los enfermos sanan más con el agasajo, los consuelos y las esperanzas que con las medicinas, considere vuestra merced qué progresos hará este bruto con su desabrida condición y genio intratable. ¡Antes lo vea yo en la horca que a mi cabecera!

Murmurando de él a boca suelta —que esto se ganan a la primera vista los hombres desagradables y mal criados—, llegamos a la casa del enfermo, que era un hidalgo de aquella villa, pariente del clérigo, el que padecía una calentura de las que llama malignas el vulgo de los asesinos tolerados. Examinose por todos el enfermo, e informados misteriosamente de su edad, textura, excesos de vida y otras circunstancias, salimos a otra pieza, en donde se empezó a disponer el medio y el modo más breve para que no le doliese nada al hidalgo, curándole radicalmente para toda la eternidad.

El indigestísimo Calabrés, bachiller por el descuido y la multitud de las universidades de España, licenciado de burlas y doctor por escarnio, como médico de la cabecera que había criado aquel achaque, historió sus causas, signos, pronósticos y curación, que es la regular patarata con que se empiezan las juntas de los médicos. Dijo cien disparates y cuarenta boberías en un castellano labriego, rociado a empujones con algunos buches de latín palurdo; pero con tal hinchazón, vanidad y desprecio de los que oían, como si estuviera hablando con sus hijos. Muy confiado de su desvergüenza y en la tolerancia de los que hasta entonces le habían sufrido, concluyó zaparrastrosamente su oratoria, quedándose en ademán de defender a gritos y con malas razones sus desconciertos y necedades.

Yo estuve —como soy hijo de Dios— por tirarle la silla a la cabeza, enfadado de ver la insolente osadía e ignorancia de aquel salvaje; pero hube de callar, por no poner en nuevo susto a los tristes domésticos y por no descubrir la impaciencia de mi genio, que es cuasi tan malo como el suyo. Según su relación, es imposible que no estudiase en Túnez perrerías que ejecutar con el infeliz hidalgo, porque no le dejó en todo su cuerpo parte alguna que no se la cruzase con las lancetas, los verdugos, las ventosas, los parches y otros martirios y diabluras.

Siguiose el doctor Gorgolla y, arreglándose a los sistemas con que nos mataban quinientos años ha, relacionó brevemente y con cautelosa marrullería el afecto. Dio por bien ejecutadas todas las recetas del iracundo Calabrés; y, aunque se percibía en la flojedad misteriosa de sus voces que interiormente le reñían su juicio y su razón aquella culpable conformidad, el miedo, la adulación y el poco empeño con que miran a nuestra salud lo hizo consentir y abonar todos los récipes del endemoniado Nerón. Finalmente, después de aquellos galeotes comedimientos y forzadas cortesías del *salvo meliori* y «el discreto parecer de estos caballeros», añadió una unturilla para que el hidalgo quedase reluciente y para que no temblase después de muerto. Y con ella empapó también toda su oración.

El clérigo era también Pedro Ponce de Récipes, espantador de diablos y guadaña con buleto, que tan aprisa enriestraba la pluma como el hisopo. Prosiguió este con su Deo gracias por delante y con la arenguilla de todos: *yo no tengo que añadir, habiendo oído a estos caballeros, solo por cumplir diré cuatro palabras*, etc. Y después de haber soltado algunos cebollones y terminazos de *ácidos, alcalinos, globulosos, obtudentes, optálmicos, edénticos* y

otras ventosidades y regüeldos que no tienen más significación que el ruido, se ingirió en las decisiones y recetas de los otros dos ejecutores de la muerte. Suplicó al Calabrés que siguiese lo comenzado sin salirse de la primera idea de la curación, que aquel era el verdadero camino (y yo decía para mí: del calavernario).

Mandáronme que dijese mi sentimiento y yo, por acabar con majaderías lo que había empezado con disparates, hablé así:

«—Yo, señores, solo aseguro que este enfermo está bastantemente apartado del estado natural; porque lo pálido del semblante, lo arruinado de las fuerzas, la dificultad de la respiración, la pereza de las acciones y la tristeza del ánimo no me dejan negar su indisposición. En el pulso es cierto que percibí alguna celeridad más sensible que la que aparece en el mío, pero no por eso lo he de sentenciar a calentura; porque yo he pulsado a otros, en el tiempo de la robustez y la templanza, en cuya arteria he sentido la misma o mayor celeridad; conque no habiendo reconocido la armonía del pulso de este hombre en el estado sano, no puedo ahora arbitrar sobre la música de las presentes pulsaciones; y ningún médico puede decir sobre el desorden, no habiendo antes notado la regularidad. Quiero, no obstante, pasar por lo que vuestras mercedes han dicho y suponer que está cogido de la calentura; pero si esta es ardiente, podrida, intermitente, de coagulación o de disolución de la sangre, la flema, la cólera u otra de las porquerías del cuerpo, ni lo sé ni lo puedo asegurar en conciencia. Porque los sujetos que han de hacer las declaraciones en esta causa, que son la orina, el pulso, la cámara, la lengua, los ojos y los sudores, son testigos falsos, chismosos, habladores, que no se les puede creer nada ni asentir a sus dichos, porque continuamente

se están zumbando del juicio y del estudio; y cuando responden es mintiendo o hablando con equívocos, misterios y ponderaciones, como los poetas, los médicos y los astrólogos.»

«La causa de este achaque y de cuantos puede padecer el cuerpo humano es todo cuanto hay en el mundo y en el cielo: el sol y la luna, el aire y el agua, el pan y el vino, el ocio y el movimiento, el sueño y la vigilia, la alegría y la tristeza en mucha o en poca cantidad, sin poderse conocer ni tasar hasta ahora cuál sea el medio en que esté la virtud de la sanidad. Cuál de estas cosas sea la que ha postrado a este hombre, yo no lo sé, ni el mismo que la padece la conoce, y mucho más la ignora el que la examina.»

«El pronóstico es otra parlería, patarata y espantajo que solo sirve de entretener con frivolosas esperanzas o asustar con falsos anuncios, sin otra certeza que la de una imprudente imaginación; porque como este se ha de fabricar sobre los signos y causas, y unos y otras no tienen palabra segura ni fundamento sólido, es preciso que la prolación caiga muchas veces sobre la temeridad. Los hombres más sabios de la Medicina, hablando de los pronósticos, solo aseguran en ellos lo falible; y leyendo yo en uno de ellos el tratado de calenturas, llegando al pronóstico de ellas me acuerdo que decía el autor, que fue hombre bien desengañado: *multos vidi cum bonis signis pereuntes, et alios cum malis evadentes.*»

«La curación es un martirio presente con una dudosísima esperanza a la restitución de la salud; y de ella tampoco sé ni una palabra. Solo sé que los mismos entes que son causas productivas de las enfermedades los recetan también como remedios y medicinas: el aire y el

agua, el pan y el vino, el paseo y el ocio, el sueño y la vigilia, el frío y el calor, y aun todos aquellos simples que nos tachan por dañosos, corno son las ciruelas, el perejil, las lechugas, el cilantro y las demás frioleras, hediondeces y ponzoñas que nos venden en las boticas. A la purga, sea la que fuere, y la sangría, yo no las entiendo, ni he podido averiguar hasta hora si son venenos o son triacas. Solo sé que los más que están en el otro mundo (menos los que tuvieron la fortuna de morir ahorcados) se llevaron para allá la medicina, y que será más raro que el Fénix el que el día del juicio no salga a residencia con su pellejo roto, tundido y enjuagado.»

—¿Conque vuestra merced no sabe nada? —acudió furioso el Calabrés.

—Es cierto —le dije—; y la diferencia que hay de vuestra merced a mí en punto de ignorancia, no es más sino que yo soy ignorante contrito y confeso, y vuestra merced es un necio contumaz que no se convierte a los desengaños, a las experiencias ni a otros predicadores que hay en el mundo contra los vanos y presuntuosos de sabiduría.

—¿Pues a qué ha venido acá, ¡pese a su alma!? —volvió a roznar—. ¿Tantas verdades y certeza tienen sus calendarios para que haga tantos dengues a la Medicina?

—A lo que he venido, seó Calabrés —respondí yo—, es a decirle al enfermo que tenga confianza en Dios y que le pida conformidad para sufrir sus desabrimientos y sus martirios. Y a decirle que no espere cosa buena de vuestra merced, de sus libros ni de sus emplastaduras; porque todo su oficio y su diligencia es manía, embuste y modo de vivir, como el de los ermitaños. En orden a mis

calendarios, digo que hay en ellos verdades y mentiras; pero estas solo se ven y se oyen cuando en ellos hablo como médico o como filósofo, que como astrónomo es imposible mentir. Y para que vuestra merced lo crea, óigame como astrónomo, como médico y como físico en el juicio de la [primavera y demás estaciones].

[. . . . . .]

Apenas solté el aforismo de la boca, me puse en pie para despedirme y, al dar el primer paso, se puso delante una criada lagañosa y juanetuda, la que empezó a repartir propinas entre los comensales. Llegó a mí y la dije:

—Guarde vuestra merced, señora hermosa, esas monedas para ayuda del entierro de su amo, que yo pienso ganar algo más que lo que vuestra merced puede darme con la junta y el asunto que me han dado estos caballeros.

Salió el Calabrés corrido como perro con maza; el marrullero Gorgolla iba dándole vueltas sobre la mano a un peso gordo que le había tocado; el clerizonte salió dolorido y desencajado con afectación, y haciendo el *mondiu*; y yo, riéndome de esta y de todas las juntas, y de ver la sencillez, la credulidad y la esperanza de los que llaman a los médicos, persuadidos a que la repetición de cuatro voces y veinte textos soñados pueden librarlos de las dolencias, y más cuando en sus juntas solo se conferencian novedades, y se preguntan muchas veces unos a otros a cómo vale la cebada.

Yo llegué al mesón y, quitándole el tornillo a mi tintero,
concluí el *Pronóstico*, poniendo los juicios políticos,
lunaciones, cómputos y eclipses que se siguen,
con lo más principal del *Dios sobre todo*.

La boda de aldeanos

(1743)

Sin más pensamiento ni más deleite que asustar con mi escopeta los pocos conejos que se emboscan en el espeluzado monte de los Perales, andaba yo una mañana, ya cerca del medio día, cuando me arrancó de la gustosa solicitud un rumor confuso, balbuciente y revuelto de una irregular mezcolanza de solfas y berridos. Pareme un poco y percibí que a un mismo tiempo hervían a borbotones en el aire rebuznos de personas, voces de borricos, pedorreras de tamboril, relinchaduras de gaita y otras entonaciones, aúllos y bramidos, cuya disonante armonía jamás había tocado a mis orejas. Empecé a discurrir sobre la causa y naturaleza de tan repentino y desentonado graznadero, y a pocas consultas con mi discurso atiné en toda la condición y motivo del bullaje; porque el sitio, el día, el tropel y lo sonoro de la algazara, que a cada instante la percibía con menos confusión, me hicieron acertar que era el rústico y atropellado acompañamiento de alguna boda entre los villanos vecinos de aquel descarriado monte.

A breve tiempo lo examiné todo con el tacto de los ojos, porque vi que asomaba por entre los lacios robles y las desfarrapadas encinas una lucia tropa de aldeanos, unos montados en rocines, otros en yeguas, algunos en jumentos y no pocos sobre sus abarcas y zapatos.

La primera figura que se descubrió a mis ojos fue la de una tierna labradora que venía asentada sobre un borrico poltrón y perezoso. Su semblante era tan blanco, tan bello y tan dichosamente robusto que hasta los rigores del sol y las injurias del aire, que pueblan de arrugas a las caras y se entretienen en borrar la frescura de los rostros, habían sobrepuesto claridad, pureza y delicados matices en el suyo. Embolsaba el corazón agradable de su pulido cuerpo en un tosco, amusco y estrecho refajo de Garrobillas, sin más guarnición ni ribetes que una bigotera de bayetón azul, a quien llama *irma* el vocabulario de su rusticidad. Desde el fresquísimo roscón de su garganta se le escurrían hasta las honduras de sus caudalosos pechos dos chorros de menudo coral, cuatro ristras de transparentes abalorios y seis sartales de gabanzas tan redondas y rubicundas como sus mejillas. Descansaba la vistosa pesadumbre del floridísimo petral sobre los bordes de un sayuelo de Segovia, ribeteado por las cantoneras con aseo, prolijidad y economía. Descubrió mi atención maliciosa y su inocente descuido por los ribetones de la albarda los pies, que eran pequeños, pero anegados en la vasta profundidad de unos zapatones papales, rellenos de rajas, chirlos y picaduras del sacabocados, ceñidos al empeine con unos listones de algodón bermejo, y tan ahítos de suela que podía cada uno apostárselas en lo solar a toda la Montaña. Era finalmente su traje rústico y antiguo; la ropa, fea, ruda y desabrida; pero ella hermosa, a pesar de los sayales, las vejeces y las destemplanzas.

Venía a par de sí, escaramuceando en una empinada y rolliza yegua, un mozote de corta edad, de arrogante estatura, tostado de tez, reguileteado de guedejas, tan sano y tan risueño que brotaba salud y alegría por todas sus coyunturas. Estaba vestido con una anguarina talar de

paño de Chinchón con sus vueltas de estameña verde, botones de cabeza de turco, jubón de cordellate guarnecido de puntas negras en ala de pavo, calza blanca y sombrero frisón con sus cintas guindadas a lo jerónimo, tan cumplidas que le asombraban el cogote.

Revuelto entre otra caterva de gentes y borricos apareció sobre un orejudo garañón el señor cura, muy repotente de fernandina, erguido de persona, enfaldado de sotana, y tan descocado y retozón de miraduras que me pareció que estaba casi tan contento como los novios. En el medio de otro desmembrado escuadrón de charros y charras, que venían espoliando los tomillos y los cantuesos, se dejó ver el tamborilero, que era un vejete lagañoso, calvo, torcido, anquiabierto, estreñido de narices, enjuto de boca, ensuciado de barbas y tan hidrópico de mofletes que, al fruncir los bezos y al empujar el aire por las rendijas de la flauta, quedaba hecho un botijón mamarracho, de los que al delinear el cielo pone por vientos la pintura.

Al bajo desconcierto del tambor y al desentonado tiple de la flauta y de varios panderillos y sonajeros que traían algunas mozuelas de la tropa, cantaban a dos coros en raros metros y ridículas consonancias muchas coplas, compuestas con el arte de su simplicidad y su ignorancia. Pude percibir las siguientes, que por repetidas y pesadas se me asentaron en la memoria:

Mil años se empreen
con gusto cumprido
los dos maridados,
Jusefa y Dionisio.
Bendecidla, padre
del cuerpo polido.
Hija, con Dios vaite
y con tu marido.

Graznando estas y otras simples cantaletas, llegó la inocente y alegre procesión a una pradera cercana al sitio donde me asaltó lo impensado de su tropel. Pusieron pie en tierra los que venían montados, apearon sus caballerías, sacudieron su ropa y, estirados de gollete, huecos, pomposos y regodeándose con sus aprehensiones y sus charras, volvieron a marchar con pasos de cofradía, continuando el regocijo, los cantares y la sabrosa bulla.

Emparejé con el primer montón de personas y, saludando a las más distinguidas, recibieron con agradables demostraciones mis bien intencionadas enhorabuenas. El padre de la novia, que era un ricote macizo, redondo, lanudo, con un par de guedejas como los vellones de cabra, repleto de gorja, harto de carrilleras, apelmazado de corpanchón, curtido de los soles, robusto contra todas las inclemencias y más tratable que lo que permitía su ropa y su figura, me dijo que ya que no habían logrado la casualidad de encontrarme a los desposorios, que acababan de celebrar en la ermita de Nuestra Señora de la Peña, que los acompañase a comer, que su buen ánimo, el gusto de todos y lo moderado de la mesa me haría forzosamente buen provecho.

Acepté agradecido; y, encuadernándome en la cuadrilla, llegamos todos a la casa del monte, adonde nos salió a recibir otro bellísimo y aseado destacamento de sencillas y casaderas zagalas. Rodeáronse todas de los novios y en torno de ellos cantaron y bailaron las dos coplillas que se siguen:

Abre las puertas, madre,
del alto castillo,
para que entre Jusefa
con el su Dionisio.

Entre norabuena
el mozo garrido
a ser el buen yerno
del tío Francisco.

Después de las inexcusables cabezadas, rústicas ceremonias y molestas acataduras, entramos a ocupar las primeras mesas los novios, padres y padrinos, el señor cura; cuatro hidalgos mochos, ejecutorias de escalera abajo, botargas de la nobleza, hambreones perdurables y garrapatas de los convites; un par de sopistas, entre escolares y vagamundos, y yo, tal cual como me quieran definir. Seguíanse después en la restante capacidad los renteros, los montaraces, los aperadores y labrantines, y al rabo de todos la garullada de los cabreros, los rabadanes, los encerradores y los guardianes de las vacas, las ovejas y los cochinos, hablando con mala crianza y con perdón del que me va leyendo.

Estaban desparramados a trechos sobre las mesas hasta catorce bernegales como medias tinajas, y dentro de cada uno dos vasos de plata con los que se entraban a chapuzo por el vino. Finalmente, se sirvió y cubrió la mesa con prontitud, con gusto y abundancia de carnes de todas castas, de algunos peces de los charcos vecinos, y por postre se aparecieron el arroz, el queso y las aceitunas, que son el chilindrón legítimo de los bodrios y las comilonas.

Al medio de la comida empezó la gente a parlar a carcajadas, a reír a borbotones y a verter el vino y el contento por todas sus coyunturas. El padre beneficiado, que tomó más zumbona la conversación, después de haber dicho mil motes a los feligreses, algunas indecencias a los novios y muchas majaderías a los demás comensales,

remató sobre mí con la furia de sus afortunadas necedades. Descargó la arenga que tienen estudiada contra la astrología los apodadores majaderos, y concluyó diciendo que si quería disponer de sobremesa la composición del almanaque, que en el corro había quien me pudiese ayudar con coplas, juicios y demás pataratas con que se llenan los cuatro pliegos de papel.

Acepté luego; y uno de los escolares, que era un mozalbete enfermizo, pilongo y flaco, me dijo:

—Pues a su lado de usted, señor Torres, tiene quien le puede asistir y desempeñar en un todo.

Volví la cara y vi a par de mí, como escondido detrás de mis costillas, a un viejecillo como una perinola, bullicioso, arregazado de narices, hundido de boca, barbado a pelotones y pellizcos, sumido en un coleto de novilla y rodeado de un cintón desde los lomos hasta los sobacos, todo cubierto de tachuelas, hebillas y corchetes de estaño, que son los diamantes y las esmeraldas que se han podido escapar de la codicia de las cortes y las ciudades. Su gesto manifestaba un natural burlón, marrullero, cazurro y silencioso, porque había estado oyendo con gran paciencia y con una risa entripada los disparates del cura y los gritos de los demás, sin haber desplegado su boca.

—El tío Antonio —dijo el cura— es el Calderón de estos oteros y el Sarrabal de estas campiñas; porque las loas, danzas habladas y comedias que se ofrecen por acá, él las hace; y en lo perteneciente a los tiempos, sus carestías o abundancias, a él le consultamos, porque como montaraz viejo y curtido en el campo conoce los movimientos de las estrellas y mudanzas de los aires con estupenda práctica.

—Yo soy un pobre charro —acudió el marrajo montaraz— que apenas conozco el cristus, pero ello en fin haremos lo que sus mercedes mandaren.

Sacó el segundo escolar un tintero de cuerno, y el cura algunos sobrescritos de cartas y otros remiendos de papel, y en ellos se escribió el *Pronóstico...*

Los niños de la doctrina

(1746)

Sumergido en la profunda noche de una melancólica idea, se postró mi humanidad, rindiendo parias al susto y jurando obediencias a los médicos. Sorprendido de un vapor hipocondríaco que me ocupó el cerebro, caí enfermo en el mes de junio, sin ser bastantes todos los auxilios de la Medicina a sosegar el interior tumulto. Quedé en breve tiempo hecho una longaniza, magro, anquiseco, pelón y con todas las apariencias de punzón de sastre o bayoneta calada.

Con mucha anticipación procuré examinar mi conciencia y prepararme para la jornada; porque, aunque tan bribón, me precio de cristiano viejo, sin ceder a nadie en este punto, hallando todo mi consuelo en la asistencia y caritativos consejos de los reverendos padres capuchinos, a quienes venero con toda mi alma.

Agravándose el accidente, reconocí asustados los semblantes de mi casa (moqueando el negro, temblando el inválido, arqueando las cejas los amigos) y muy asistentes y cuidadosos a los médicos. Pero quiso la providencia divina mejorar las horas para que dure este estorbo más en el mundo.

Convaleciente de este fiero golpe, restauradas algunas de las perdidas fuerzas, estaba una mañana de septiembre

en familiar conversación con mis hermanas, zambullido en mi bata, más asquerosa que pecado sucio, con las manos más llenas de roña que ardides de hombre chico, tirado sobre los sitiales como registro de breviario, quejándome de la cabeza como petimetra cuando le preguntan cómo está, con el dedo hacia el desván de los sesos como manecilla de margen, y molestando a todos con la narrativa de mis males cual hidalgo pobre con la de su ejecutoria, cuando de repente se oyó una grande gritería y algazara de muchachos que, subiendo por la escalera y atropellando al criado que intentaba detenerles, dieron con sus cuerpos en la sala y, sin más salutación que brincos y respingos, empezaron a colgarse de mis débiles brazos, repitiéndome en cada empujón una puñalada.

Fue tanto el alboroto, que primero que sus palabras me informaron los ojos quiénes eran; pues advertí que los cuatro traían unos ropones con más rabos que chirrión de marea, cubiertos de virolones de cera y con más plastas que letrina de convento, unas valonas oriundas de los jirones, huérfanas de lienzo y hambrientas de limpieza. Reparé que menudeaban en meter por el cuello los dedos en forma de compás, y vi todo aquel negro campo hecho una dehesa de Extremadura pastada de piojos que, por no tener qué comer, se iban convirtiendo ya en camaleones.

Chirlota —que así se llamaba el capataz— todo era encaramarse para darme un beso en los bigotes; pero yo procuré defender la doncellez de mi cara con la diligencia de levantarla hacia el cielo, porque temí que a la primera estocada de sus narices me encajase de espaldas en la otra vida. Era el tal avechucho lampiño de cejas, manco de ojos, héctico de carrillos, judío de narices, sumido de hombros y tan corcovado como facistol de coro. Para sosegar esta endiablada furia, empecé a decirles:

—Muchachos, o demonios, ¿qué queréis por esta tierra o cuál es el fin de vuestra venida?

Respondió por todos Chirlota y dijo:

—Ya sabe vuestra merced, señor don Diego, que somos los Niños de la Doctrina, que en Madrid nos empleamos en ser arrieros de muertos, y con esto ganamos la comida. Este año ha sido tan abundante de salud, que nos comemos los codos de hambre. Y habiendo tenido noticia que en esta ciudad se acabó el Seminario de Doctrinos, nos mandó el maestro que viniésemos porque, no habiendo más que nosotros, tendremos una pasada honrada. De estos tres que vienen conmigo, Pelilla y Mangajo tienen buenas voces; Cazcarria, aunque no la tiene tan sonora, entona valientemente; y así, venimos a valernos del favor de vuestra merced para que nos introduzca con los señores del cabildo, que después corre por nuestra cuenta. Estamos muy alegres y contentos porque, al entrar esta mañana por una puerta que llaman de Santo Tomás, vimos un osario recién hecho, con muchas calaveras aplastadas en la pared y sus coplones a trechos, conque es señal evidente que cuando se fabrican casas nuevas para los muertos, han de ser muchos los que las alquilen; y así, manos a la obra, que vuestra merced no nos ha de dejar desconsolados.

Luego que acabó su arenga el maldito corcovado, respondí con apacibles expresiones diciendo:

—Vosotros, pobres muchachos, venís muy errados en todo; porque, aunque se ha suspendido el seminario a causa de la disminución de rentas, se restablecerá con brevedad a su estado antiguo; fuera de que no hay práctica en esta ciudad de que asistan los doctrinos a los entierros.

En este supuesto será preciso que os volváis a Madrid a seguir vuestro destino, y no siento otro remedio.

Al finalizar esta razón empezó una música infernal de lloros y lamentos, llevando el compás los mocos, y el bajo algunos regüeldos descaminados en fuerza de los empujones del llanto. Sosegose este desconcierto con algunas palabras consolatorias de mis hermanas; y dando Chirlota. un par de manotadas a los ojos para sacudir las lágrimas, poniéndose en pie dijo:

—Pues, señor don Diego, respecto de que es preciso volvernos y que es tan trabajoso el viaje, no nos hemos de ir sin que vuestra merced nos dé el *Pronóstico* para el año que viene, porque de esta suerte podremos contentar al maestro, y sacará de él más que de los kiries.

—Vosotros estáis espiritados —respondí yo—. Ahora que estoy lleno de hipocondría, débil de la cabeza y sin facultad aun para hablar, ¿me queréis meter en este enredo? No, hijos míos, eso no puede ser, ni yo estoy para ello.

—No tiene remedio, que no hemos de salir de aquí sin llevarle. Vale Dios que todos cuatro sabemos hacer coplas, porque el hambre nos ha concebido poetas; vuestra merced no tendrá más trabajo que demostrar los cálculos, que lo demás corre de nuestra cuenta.

—Pues para eso ya me podré animar —respondí yo.

Sacáronles el almuerzo, que despacharon muy breve, porque luego que lo olieron salieron las tripas a recibirle; y, cogiéndome los cuatro en medio, di principio a las estaciones del año, las que fuimos prosiguiendo de esta manera entre ellos y yo...

Los Desamparados de Madrid

(1748)

En el idioma del Barquillo y en el castellano de las Maravillas (que ha dado también en pasearse desvergonzadamente por los barrios de los cultos de lenguaje y presumidos de parola), se llama *Desamparados* un envoltorio de niños y niñas que la piedad cristiana tiene recogidos en un famoso colegio de la calle de Atocha, en esta Corte. Compónese este pegujal de muchachos de algunos de los infinitos que aborta cada día el relleno vientre de la inclusa, de otros paridos también de priesa y a cencerros tapados, y de muchos que, aunque salen impresos con las licencias necesarias, la pobreza de sus autores los envía a que busquen la madre gallega en la común misericordia de esta casa.

Chupando la debilísima sustancia de los estrujados pechos de esta piadosísima madre, y bebiendo los puchos de una miserable doctrina en las sequedades de un enjuto maestro, que nunca les brindó con más enseñanza que la de la cartilla y los palotes, vivieron siempre estos infelices desvalidos. Y hasta que el tiempo les ponía en la cabeza el gran dote del uso de la razón, que regularmente lo concede a los siete u ocho años de la vida, les duraba este simplicísimo cubierto.

Con esta gran alhaja, y sin más cobertura que un humilde y angustiado vestido, salían de aquella patria

potestad, unos a sufrir los torniscones y mentiras de un sastre, otros a aguantar los zurriagazos de un zapatero, y los más de ellos a padecer las coces y las manotadas de los necios y crueles oficiales que quieren tener en un tomo aprendiz, esclavo, borrico y esportillero. La próspera o desdichada fortuna de estos pobres nacía del genio y de la condición del amo con quien asentaban la primera plaza. Y aunque algunos crecían a ser nombrados y famosos artífices por el cariño y buen humor de los maestros, los más, por no sufrir las asperezas de esta segunda crianza, se malograban desventuradamente; porque huyendo del rigor y trato desabrido de los primeros maestros, no buscaban segundos, ni volvían a encontrar recogimiento ni socorro en su primer hospicio. Quedaban propiamente desamparados. Y la desdicha era que este abandono los hacía después libres, holgazanes y bribones, y ocupaban el mundo solo para servir en él de estorbo al buen gobierno, de enfado a la justicia, de susto a la misericordia, de patrimonio a las levas y de alegría a los corchetes.

Amenazados de estos peligros regulares y detenidos en este ocio pasaban los tiernos años de su niñez, hasta que las máximas cristianas y sabiamente piadosas del Excmo. Señor Don José de Carvajal y Lancáster los puso en mejores venturas, digo esperanzas, entreteniéndolos en algunos oficios posibles a su delicadeza, y que fuesen útiles para sí y provechosos al público, sin que estas tareas les estorbasen el destino que cada uno quisiese elegir. Envió su Excelencia maestros y maestras de las primeras maniobras que son el barro a mano de las fábricas de los tejidos; y ahora están estos inocentes aprendiendo a hilar estambre, cardar lana, escarmenar, hacer mazorcas, madejas, y otros trabajos fáciles a sus fuerzas y útiles para el bien común y particular.

Hanse agregado a las felicidades de esta nueva disciplina y enseñanza los ofrecimientos de dar a cada uno, después de haber trabajado cinco años, una buena ayuda de dote para recibir el estado de su inclinación; y a cada muchacho más alivio, solicitud de sus adelantamientos, dejándolos a todos que gocen por más tiempo las mejoradas comodidades que les dará la clemencia de este admirable hospicio.

Deseando yo reconocer con particular cuidado la discreta práctica de la nueva doctrina, y examinar con amable regocijo la maña graciosa de los tiernos oficiales, determiné ganar un día a cuenta de los muchos que me hacen perder mi pereza y el ocio consentido de este pueblo. Y una tarde, sin más compañía que la meditación en la utilidad de este proyecto, salí de mi casa y llegué a la de los Desamparados, sin haberme tropezado, gracias a Dios, ningún maza ocioso de los innumerables que avanzan con la conversación por las calles y las plazuelas, echando a perder el tiempo, la paciencia del prójimo y, muchas veces, la armonía de la República, llenándola de chismes, novelas y patrañas.

Recibiome en un corralillo nebuloso, sucio y desigual que está a la entrada, un clérigo ceñudo, arrugado y osco de entrecejo, gordo y amelonado de estatura, tan corto de pescuezo que me pareció que traía a cuestas la cabeza, rociada toda de pelotones, salpicaduras y asperjes de canas, de modo que picaba más en berrenda que en torda, muy lamida de pulseras y atusada de fernandina. Estaba embuchado en una loba que fue negra, pero los meses, el tabaco y los chorreones de la máquina la imprimieron un viso entre musco y cárdeno, melancólico y más cansado que el color que hace las sombras de las viejas. Arrimáronse al punto otros dos hombres lánguidos, con unas

caras lameronas, chupados de carrilleras; el uno las tenía pajizas, y estampados en ellas dos horrorosos bofetones de barbas; y el otro, por el extremo contrario, era rapizado de pelambre con vislumbres de bozo: capón de apuesta, porque tenía muy en duda lo mondo y lo peludo.

El padre cura, con una voz sin hueco y unas palabras mamadas a chupetones de las encías, me dijo que qué aires me conducían a aquella santa casa, y que si había visto alguna cosa en ella que me pudiese servir para hacer pronósticos. Y lo mismo dijeron los otros dos, que al parecer eran sobrestantes, con el idioma de los gestos y la risa, que es el más socorrido y hablador de los lenguajes.

—No desperdiciaré la ocasión — respondí—; pero mi primer cuidado es ver esta mecánica universidad de niños, y acabarme de admirar de las bien intencionadas máximas de su fundador.

—Pues suba vuestra merced —dijeron los tres.

Y tomando los pasos de una escalera inmediata al corral fuimos trepando, los dos delante y el cura y yo zagueros y apalancándonos el uno con el otro, por no dar de hocicos. Entramos en una crujía bien dilatada, toda llena de tornos puestos en dos filas, y al pie de cada uno un niño con su lázaro, que le adiestraba en el oficio de hilar estambre. Oíase en la pieza una varia y graciosa confusión, porque ya cantaban, ya reían, ya lloraban, ya se escuchaba un grito de un maestro a que respondía el sollozo del discípulo. Oíanse mezcladas las voces de *hijo*, *cuerno*, *mira lo que haces*, *aparta*, *mas que te azoto* y otras, de manera que de todo resultaba una armonía destempladamente apacible, que no daba especial enojo a los oídos.

Paré, después de haber corrido los tornos, junto a uno que estaba manejando un muchacho bien feo, pero muy chistoso y cantador, según me dijeron mis conductores. Era el tal niño regordete, bermejo y tiñoso, con la mollera embadurnada con dos parches de pez y trementina. Era hundido de narices, y por una de sus ventanas se le guindaba un moco verde mal maduro, tan grande como el badajo de una campana. Era también descabalado de ojos, sumido de costillares, tronzo de cuartillas, tuerto de zancas; y finalmente era tan defectuoso, que se conocía a la legua que el pobrecito era de los fabricados de priesa, a oscuras y con miedo. Pregunté cómo se llamaba y que si quería cantar alguna jacarilla, y respondió con mucho donaire:

—Yo me llano Roque de lo que vuestra merced quisiere. No tengo apellido seguro y cualquiera me encajará bien, sea francés, italiano o alemán, porque mis padres (según he oído) fueron de todas las naciones. Y en cuanto a cantares, pida vuestra merced, que yo y mis compañeros le enjergaremos mil romances; porque un ciego nos hace la caridad de venirse a cantar a nuestra puerta las noches de verano, y hemos recogido en la memoria todas sus cantiñas.

—Pues señores —volví yo al cura y los sobrestantes—, déjenme vuestras mercedes hacer de un camino dos mandados. Venga un tintero para apuntar los cálculos de las estaciones del año, que estos niños me darán versos para vestir los juicios políticos, áulicos y militares; y al tiempo que voy informándome de esta obra pía, hago yo la de fabricar mi *Pronóstico*, que para mí no hay otra cosa más piadosa que ella en el mundo.

Marchó uno de los chupados y brevemente dio la vuelta, poniéndome en las manos medio cuadernillo de

papel y un tintero de concha de Jarama. Y sobre la copa de mi sombrero escribí en la forma siguiente el juicio natural y estado del cielo en la primavera. [. . . . .]

Arrimado a los cálculos planté el romance, que no me atreví fiarlo a la memoria. Y despidiéndonos del tiñoso Roque fuimos a parar a un rincón de la pieza, donde estaba otro zagal hundido entre dos montones de lana, devanado en una silleta de paja y atado a un par de cardas de mediano tamaño. Tenía la cabeza empedrada de liendres y postillas, con sus ramalazos de usagre hacia las quijadas; los pocos pelos que tenía en ella eran tan lacios que parecía que se acababa de bañar. Veíanse unas fuertes boceras de mataduras sobre los labios, y otros costrones y azadonadas de las viruelas divertidas en el resto de su cara, y con un sabañón en la nariz, tan comedor que ya le había mamado los faldones de las ternillas.

Llamábase este muchacho Bartolo, y por mote de los demás compañeros *Tripilla*, porque era más comedor que todos. Mandole el padre cura que dejase de arañar estambre, y que hiciese su instrumento de las cardas y cantase alguna tonadilla de las muchas que a cada hora estaba gorjeando. Dijo Tripilla que tenía la barriga muy triste; que si no se la consolaba con algún reparo, no podría empujar las palabras a la boca. Ofreció el clérigo darle una merienda, y con la esperanza de comer se alentó; y haciendo sonsonetes con las cardas cantó muchas coplas, que unas son las inmediatas y otras las que irán sembradas por las lunas. Pero antes de ponerlas aquí, asentaré los cálculos del estío. [. . . . . .]

Después de haber reconocido atentamente la pieza donde trabajaban los muchachos, y haberlos visto a unos atados al torno, a otros dando vueltas al argadillo y a todos ocupados en las demás maniobras, me llevaron mis

conductores a otra pieza más recogida, en donde estaban las muchachas aprendiendo y ejercitándose en las mismas tareas que los niños.

Llevome la primera atención una niña alfeñique azafranada de cabellos, ojos garzos, humildes y regañones contra los atrevimientos; sorbida de labios, bruñida, pálida, y tan débil y transparente de carnadura que se traslucía toda como un caramelo. Tenía sumido su delicado cuerpo en un jubón amusco, curiosamente remendado y muy miserable de escote. Cubríase desde la garganta a la cintura con una beatilla medianamente gruesa, y lo restante hasta la punta del pie liado en un manteo azul, roto a salpicones, pero limpio como las arenas.

—¡Jesús mil veces! —dije yo, volviéndome admirado a mis conductores—. No puedo ponderar a vuestras mercedes el regocijo que se ha entrado en mi alma desde que vi a esta niña. Dios la guarde y conserve en los muchos dones que la ha dado, que es una criatura con las más bellas señales de bienaventurada que he visto en mi vida.

—Acá la llamamos María Ana la buena —dijo el cura— por su angelical condición, y para distinguirla de otra mala María Ana, que estará por esa pieza enredando a todas. Y esta graciosa niña —añadió el chupado barbón— es sujeto de novela, y entró en esta casa por un raro camino. Por acá hemos adivinado sus aventuras, pero es preciso guardar silencio.

Despedime de la niña haciéndola mil amores, y dije:

—Vamos de aquí, que esta pobrecilla no sabrá cantar.

—Pues yo sé, si ella no sabe, y le cantaré más kiries que veinte sacristanes —saltó una sierpe vejancona que

tenía el angelito a su lado, con una cara en gancho que juntaba en tenaza la barba y la nariz, los ojos plagados de cagalutas, y tan seca que parecía un pergamino.

—Soy contento —la respondí—; y en dejándome poner las lunas y lo demás que toca a la estación, me cantará lo que fuere servida. [. . . . . .]

Despedidos de la niña de alcorza y de la vieja de hieles, íbamos paseando las hilas de tornos, y paramos junto a una muchacha de unos diez u once años que estaba torciendo lana con gran codicia, y cantando con mucha gracia las chulerías y juguetes que desde el Corral del Lavapiés pasan al Barrio de las Comedias, y desde estos a los estrados más reverendos de la Corte.

Era la niña muy enlutada de cabos, pelinegra y abochornada de bucles, que en buen castellano se llaman *rizos*; ojos de risa, vestidos también de tumba; los labios, un si es no es belfos, hacia burlones; la nariz un tantito roma, con sus vislumbres de arremangada; hundida un poquito de estómago, escorzada de cuerpo y una migaja desigual de caderas. No era hermosa, pero tenía un atractivo picaresco. Y dándole unos vaivenes cortos al cuerpo, unas cuantas guiñaduras a los ojos y otros tantos sopetones a las pestañas, me dijo:

—¿Parece, señor abate, que su merced viene escribiendo jácaras? Pues a mí, que las vendo. Y allá va esta, que es de las más famosas que se han cantado en Madrid.

—Espérese vuesa merced un poco, señora hermosa —la dije—, mientras escribo antes otra cosa, para oírla con más gusto.

Dijéronme los chupados que la muchacha se llamaba *la Pelicha*, y que era muy aguda y graciosa, pero que se

caía un poco hacia resuelta; y que había venido de remesa con otras desde la inclusa a aquella casa. Yo no quise saber más y traté de escribir los últimos cálculos. [. . . . . .]

Dio fin al romance la pulida chula, y despedime de ella y de las demás compañeras. La pifaldrona me abrazó e hizo muchas fiestas; el clérigo y los chupados, muchas cortesías. Y volví a mi casa a continuar las lunas y los eclipses; y a vaciar lluvias, formar truenos, tirar granizos, y los demás cachivaches de que se componen los pronósticos; los que podrá registrar el que no estuviere cansado de leer mi molesta introducción, en la que pongo el acostumbrado y católico final del DIOS SOBRE TODO.

Los bobos de Coria

(1750)

Yacen aplastadas contra unos pelados nuégados y sumidas entre otros pedregales barbudos, a una legua de distancia de la meñique ciudad de Coria, seis o siete casillas corcovadas, barrigonas y tartamudas de cimientos, cuyo apiñado burujón es conocido en aquellos contornos por el nombre de Marchagaz. Son los materiales que componen sus pigmeos frontispicios mendrugos de peñascos, trozos de encinas y cascotes de enebro, empinados todos a puros puñetes de lodazal, pero sin más reglas ni otro nivel que aquella visual borracha que entre los matemáticos bribones se dice a ojo de buen cubero.

Sobre unas piltrafas de tierra que está repartida a sopapos en los sucios suelos de estas chozas, estaba yo (era víspera de San Juan, que no se me olvidará en toda mi vida) tendido, abochornado y padeciendo intolerables angustias y terribles fatigas, ocasionadas ya de los hurgonazos que me daba el sol en los hocicos metiéndose por las gateras de la techumbre (que era de varizos de alcornoque y de otra metralla de montanera), ya de las dentelladas de los tábanos, ya de los sofiones de los mosquitos, ya de los galopes de las pulgas y, lo peor de todo, de los berridos de dos muchachos prietos, mollejones y blandujos, de hechura de farinatos metidos en

escabeche de pringue, mocos y lagañas, que el uno pedía caca y el otro mama, con tanta fuerza como si los arrancaran las asaduras.

Andaba el sueño a escondidas de la incomodidad, a hurto de la molestia y, en los intervalos de las congojas, haciendo sus zambullidas a las pestañas, sus asaltos al juicio y sus arremetimientos a la razón; y ello fue que, a pesar de tantos y tan importunos enemigos, me pilló en su poder y me puso vivamente muerto en el ataúd de una sabrosísima modorra. Inalterable a las correrías y tarascadas de los avechuchos que estaban haciendo refectorio de mis carnes, insensible a los chamuscones y las oleadas del sol, sordo a la desconcertada ronquera de los dos niños cebones, sochantres de pocilga, y en fin poseído de una apoplejía regalada y de un dulcísimo letargo, estuve por más de seis horas; y hubiera durado más tiempo el feliz accidente a no haberme roto su continuación otra brutal e impensada gritería, que condujo sin duda alguna mi desgracia al *finibus terrae* de aquel miserable caserío. Abrí los ojos y vi arrimados (¡Jesús mil veces, nuevamente tiemblo al acordarme!) contra la puerta de la caballeriza, y sostenidos sobre unos acebuches de diez cuartas de longitud, a tres hombrones motilados, negros, ceñudos y cetrinos, y tan zainos de miraduras que consentí en que tenían determinado el modo de ponerme en tajadas, o discurrido otro cruel y extravagante medio con que quitarme la vida. Era su traje tan áspero como sus gestos: gorras de alto borde en figura de barcos, retraídas hacia la cogotera, zapatos de vaca en crudo hilvanados con correas, polainas frisonas de terliz de Algarrobillas y jubones de Cabeza del Buey, ceñidos al cuerpo con una coyunda de Moscovia en ademán de petralera, de donde estaba guindado un gran

cuerno de Medellín, que lo habían encaramado desde aceitera a frasco de pólvora.

Incorporeme aturdido, medroso y con la deliberación de huir; y al revolverme para plantarme recto, vi a mis espaldas otro salvaje de la misma catadura, derribado también sobre otro garrote de a folio, que tenía tan unido al pecho que me pareció que lo estaba dando de mamar. Era este bruto algo más gordo y más tinto que los tres compañeros aloques; cariboyuno, desparramado de costillares, chato de testuz, hidrópico de bezos, balbuciente, con un gran morcón trujillano por lengua. Este, pues, sin darme tiempo a preguntarle quién era o qué quería, enarboló el (Dios nos libre) garrote, y con unos mugidos arrebujados entre buchos de pringue y espumarajos de cochambre, me atronó las orejas queriendo decir, salvajada más o menos, los siguientes despropósitos:

—Ahora verá el seor parlique, chacharón presumido de discreto, quiénes son los bobos de Coria; pues habiendo sabido que vuesa merced venía a entregar a su Ilmo. Cabildo el libro que acaba de sacar de la imprenta de la *Vida del Venerable Padre Don Jerónimo Abarrátegui*, fundador del Colegio de San Cayetano de Salamanca, nos hemos adelantado los cuatro, que somos los más bobos de la ciudad, a decirle que trate de aguzar el entendimiento y mire cómo entra en Coria, porque el vecino más tonto de ella sabe más que sus catedráticos, doctores y bachilleres. ¡Válgate el diablo por apodos necios y por motes endemoniados —prosiguió—, y cargue Satanás con los que nos pusieron tan maldito renombre y con los que lo continúan! Pues por una bobada venial que hicieron nuestros antepasados de levantar un puente, en la confianza de que había de entrar el río por él, y porque después de hecho

se le antojó a la agua correr hacia otra parte, nos están jeringando con daca los bobos y torna los bobos, como si no hubieran visto en el mundo majaderías de mayor marca. Y quien tiene la culpa —¡vive Dios!— es vuesa merced y otros críticos vanos y poetas bergantes de su calaña, que han dado en sacarnos en satirillas y ponernos en coplas, como a los ahorcados. Y ¡voto a...!

—¡Tenga vuestra merced, por Dios! —le dije puesto de rodillas, porque empinó, con el voto, segunda vez el leño—; que yo en mi vida me he metido en averiguar ni en decir si hay bobos en Coria, ni los he habido menester para nada, porque en mi tierra (gracias a Dios) he tenido siempre bobos de sobra y majaderos de remuda para cuanto se me ofrece. Y por buenos y grandes que sean los de Coria, han de madrugar bien para alcanzar a los que yo conozco en Salamanca, Madrid y otras partes; porque los bobos de por acá (según he oído decir a los prácticos en majaderías) son bobos sencillos, humildes y tolerados, pero los que bobean en nuestros países son tontos dobles, solemnes, caprichudos y presumidos. Tontos, en fin, de borla y capirote, que no les falta circunstancia para intolerables. Y aseguro a vuestras mercedes, por el paso en que estoy, que hasta que vi en los corrales de las comedias representado el sainete que escribió D. Antonio Zamora, que le puso el estribillo de «Oigan, oigan al bobillo, / bobillo de Coria», no sabía que esta ciudad era la antonomasia de la bobería. Y siempre creí que Zamora, obligado del asonante «oigan», fue a buscar el bobo a Coria, por no sacarlo de la ciudad de su apellido; y si hubiera puesto en el sainete «oíd, oíd», sin duda alguna saca el «bobillo, bobillo de Madrid». Y le hubiera costado menos trabajo buscarlo allí

que en Coria, porque allí hay más, y más garrafales, porque saben ser bobos a toda costa.

Metió el montante uno de los que estaban arrimados a la caballeriza, que era otro hombrón largo, corvo y ahumado como varal de colgar morcillas, que apestaba a sebo y cebollones, y dijo:

—Tenga vuesa merced la mano, compañero, que yo jamás oí que el seó Torres se metiese en las bobadas ni en las sabidurías de nadie. Este hombre lo que ha hecho es mosquearse un poco cuando le han zumbado la paciencia algunos tontos más perjudiciales que los de Coria, pero nunca le hemos visto arremeter a persona, satirizar a nadie ni introducirse en cosa que no le pertenezca. Su conducta ha sido muy descubierta: buena vida, dejar a cada loco con su tema, y al mundo que lo mande, lo corrija y lo enderece el que tenga presunción para hacer tanto. Lo que debemos desear —prosiguió muy pacífico—, es que el seó Torres diga por ese mundo que los de Coria no somos tan bobos como nos hace el sayo ni como nos imagina la mala opinión. Somos unos pobretes que no nos metemos con nadie, que obedecemos las leyes que nos envían sin repugnancias, interpretaciones ni comentos; que nos sustentamos de los frutos con que Dios fertiliza nuestros terrenos, nos vestimos con las lanas de nuestros ganados y con los linos que plantan nuestras manos y riegan nuestros sudores. Si nos tienen por bobos porque no nos ponemos cabelleras, polvos y perendengues y porque no somos amigos de leer las gacetas ni los epilogadores, diga vuestra merced que nosotros decimos que tenemos por más bobos y locos a los que gastan el tiempo y el caudal en semejantes simplezas, y que acá sabemos que las más de esas boberías se mantienen hurtando, mintiendo y trampa adelante.

Y más dijera si no considerara que era alargar demasiado la Introducción del *Pronóstico* para el año que viene, pues naturalmente le servirá a vuestra merced para introducción de sus juicios la casualidad de esta aventura.

El segundo de los tres, que era otro sayón enjuto, turrado, con vetas pajizas como palo de gaita, muy mesurado y lleno de una natural circunspección, dijo:

—Vuestra merced crea, señor don Diego, que no tiene el mundo razón alguna para capitularnos de bobos absolutos; porque los beneficios del cielo que nos cubre y los influjos de la tierra que nos sostiene, disponen unos racionales despiertos y dóciles para todo género de disciplinas. Además de esto, tenemos en nuestro breve término un cacho de Universidad, donde se instruyen en las que llaman Facultades Mayores los sujetos que no quieren seguir la vida, entre aldeana y política, que elegimos los más del pueblo. La ciudad, de sus pobres haberes, paga los preceptores de la Gramática Latina. En el convento de San Francisco de esta ciudad, se enseñan las Artes y Teología Moral y Escolástica con menos ruido y menos voces que en Salamanca, pero se vocea y se asegura que con igual aprovechamiento. En la Santa Iglesia Catedral tenemos siete curas incorporados en las sillas altas de los canónigos, que cada uno es otro compendio de universidad. Y finalmente no nos falta ciencia extravagante; pues la Matemática, que es el *rara avis* de las escuelas, por acá se sabe entre cuatro palurdos. Y la demostración es este cálculo de planetas y juicios para el año que viene, del que puede vuestra merced aprovecharse si gusta.

Alargó entonces la mano, y el hombre cuarto, que era un cazurro con unas barbas de puerco espín, sacó del pecho unos papeles que me dio y recibí con especial alegría.

Quedamos amigos y de un mismo parecer. Y viendo que el sol se iba a esconder en aquel horizonte, salimos de Marchagaz para Coria, y en el camino me dijeron sus nombres, que son los que escribo: Roque Capancha, Alberto Moronta, Dionisio Miajadas y Mauro Bazán. Llegamos a la ciudad, despedímonos con cariño y atención; y a la mañana siguiente desenvolví los papeles y copié los cálculos y juicios de las estaciones del año, que son las que se siguen...

Aventuras en la Abadía del Duque de Alba

(1751)

Lazarillo de mi caballo, solo, con la imaginación en Babia, sin bulla en la fantasía y sin más deseos en el alma que llegar con prontitud donde pudiese tender mi cuerpo, iba yo una de las tardes del noviembre rompiendo a trompicones y cruzando a traspieses las broncas montañas de Lagunilla. Y al tomar una de sus revueltas, me suspendieron los pasos y la atención unos gritos arrebujados de *arres*, *demonios*, *porvidas* y otros tornavirones y esparavanes de juramentos y blasfemias. Pareme un breve rato; y curioso de examinar a raíz aquel infernal ruido, me deslicé con precipitación por un atajo hacia las honduras de un caozo donde me pareció que salían los reniegos y las maldiciones.

Con efecto, no me engañé; porque vi a su margen un arrierote verdinegro, tan enjuto como si estuviera hecho de raíces de álamo negrillo, espeluznado con algunas hocicadas de tiñoso y piquetes de calvo, que estaba imprimiendo garrotazos y puntillones sobre los raídos cuadriles de un mulo romo, que se estaba meciendo con la carga en el cenagal más profundo que se descubría en los desguazaderos y escondites de aquel erguido y cavernoso monte. Solté las riendas a mi caballo, puse la capa en tierra y,

entrando casi a chapuzo por el lodo, me agarré de los esfuerzos posibles para aliviar la pesadumbre del amo y de la bestia. Asido de la cola del mulo, zamarreándole a uno y otro lado, sosteniendo a veces la carga sobre mis costillas y menudeándole el socorro de los garrotazos y juramentos, logramos poner en pie aquella anatomía moribunda, a quien sólo le faltaba para esqueleto arremangarle el chupado pergamino de su corambre correosa.

Sosegose el enfurecido arriero, diome muchas gracias, yo quité de mis piernas las húmedas botas para que se oreasen sobre el arzón de mi rocín, tomé sus riendas y mi capa y empezamos a caminar por las espesuras de aquel confuso y empinado puerto. Goteaba el mulo de hora en hora un paso, y la carga y la flaqueza lo tanganeaban de modo que cada movimiento era una amenaza de ir a hacer noche a otro pantano; pero mi compatriota le rociaba los lomos con el garrote y los porvidas, y con esta ayuda se sostenía y soltaba de cuando en cuando alguna chorretada de andadura.

Preguntele hacia dónde caminaba, y me dijo que a una corta población que distaba de allí media legua, llamada la Abadía del Duque, y que en aquel mulo secarón llevaba algunos víveres y provisiones para unos caballeros que se divertían cazando por aquellos valles y montañas. Y añadió que no podía revelarme quiénes ni de dónde eran, porque tenían prevenidos y amenazados a todos los sirvientes y habitantes para que a ninguna persona diesen señas de sus apellidos, estado y condiciones.

—Lo que yo aseguro a vuestra merced —prosiguió— es que esta noche la pasará bien regalado, porque son todos muy holgones y muy amigos de la bulla y la alegría. Y uno de ellos, que es el más rico y el que mantiene toda

la gurullada —que a mi parecer pasa de treinta comilones—, ha mandado que a cualquiera pasajero que llegue al mesón se lo envíen a casa, y allí lo rellenan y regalan hasta tutiplén. Pasan algunas noches bailando con las aldeanas extremeñas; otras, con la conversación de la caza, zumbándose los unos a los otros ya sobre las mentiras que vienen reatadas con esta afición, ya sobre los errores de los tiros; y otras noches hacen coplas de repente, y anda el disparatón que canta misterio, y la carcajada que retumba por esos montes y vericuetos.

—¡Horrible gasto! — dije; y, sin dejarme continuar la oración, acudió el arriero:

—¡Ay, señor! Allí verá vuestra merced los perniles a tercios, las pollas a gruesas, los lomos y piernas de carnero a quintales; y por cualquier lado que vuestra merced tire se tropezará con los tarros de dulce tan altos como púlpitos, y con los rimeros de chocolate, de bizcochos y otras golosinas tan erguidos que, aunque vuestra merced no es enano, le han de sobrepujar por encima de la cabeza. Las fuentes, cucharones, chocolateras y escudillas de plata por allí andan rodando como si fueran de alcornoque; y al fin, allí se hunde, se traga y se destroza tanto, que con lo que se pierde en una cena pudiera mantenerse un año todo un concejo, aunque fuera mucho mayor que el de Garrobillas.

Gustosamente embobado con las relaciones del arriero, llegamos a la ermita del lugar, donde nos despedimos. Él guió a su mulo hacia el palacio y yo mi rocín al mesón; y al apartarnos, dijo:

—No paren más los malos años en mi tierra que lo que vuestra merced ha de durar en la posada.

Quitando estaba en el portal del mesón los correones de mi maleta, cuando se echó sobre mí un hombre tinaja, abigarrado de miraduras, frenético de ojos, con las carrilleras desparramadas hacia los oídos, a los que rodeaban un par de orejas tan ramplonas y duras como dos zapatos de carruco. La boca era de una gruta, y entre la maleza de los dientes se le descubrían dos zanjas por donde podían correr a sus anchos el Duero y el Pisuerga; sus bigotes estaban a trechos salpicados de un pelambre lacio y cetrino; y al extremo del rostro, un escobajo en ademán de hisopo, con unas cerdas frisonas, que parecía barba de puerro recién arrancado de la tierra. Traía metido el corpanchón cuba en una ropilleja de paño burdo, ceñida a los lomos con un petral de Moscovia en el que tenía hincado un gran cuerno de Medellín, que se le enroscaba en los ijares. Díjome en un tono cascarón y desabrido que dejase sobre el rocín a mi maleta, porque aquella noche y las que yo quisiese había de ser huésped en el palacio, que así era la voluntad del señor que entonces le habitaba.

—Y también la mía —respondí—; y así, guíe vuestra merced donde gustare.

Por un empedrado, cuyos antepechos eran dos filas de copudos chopos, íbamos marchando. Y en la mitad de la calzada se nos apareció otro hombre más alto, entre cecial y atún; carrilleras macizas con algunos resoplidos de trompetero; ojos garzos, ruines, burlones y más vecinos de la cogotera que de las pestañas; cubierto el rostro de un espeso matorral de pelote bermejo, tinto, blanco y de todos colores, como gargajo de sastre. Era muy regazado de boca; y en los arrabales de la dentadura, otro portillo más pierniabierto que el del gordo que me acompañaba. Tenía enroscado en la gorja un pañal de terliz bien surtido de

grasa y sobaquina, y al cuerpo una jaqueta rabona de limiste de Villanueva, con sus polainas uniformes, tan caudalosas que le cubrían hasta la bragadura. Este, pues, encarándose con el panzota que iba a mi lado, le dijo estas mismas palabras:

—Vamos, y no gaste vuesa merced tanta sorna, seó Juan de la Berza, el de las calzas pajizas de las perdices.

Yo no sé qué oculta maldición contenían estas voces que, al oírlas, el gordo empezó a echar diablos desleídos y furias desatadas por la boca. Procuré apaciguarlo; y el tal señor, que tenía entre un aire mohíno, jándalo y soldadesco, unas estupendas trazas de truhán y zumbón, le sosegó también con risa, pidiéndole la mano en señal de amistad. A mí me saludó a lo zaino. Y, hechas las paces, proseguimos los tres trepando la calzada. Por el camino me preguntaron mi nombre; y yo, que jamás lo he negado ni a mis enemigos, se lo declaré abiertamente, añadiéndoles el apellido, con las señas de ser el artífice de los calendarios, para que no les quedase la menor duda en el conocimiento de mi persona.

Llegamos finalmente a la gran casa, cuyo patio estaba lleno de varios mozotes, unos vestidos rústicamente a la usanza del país, otros con trajes más corteses, y los más puestos a la chamberga, con jaquetillas cortas y mangas perdidas a lo toreador. Un perillán de estos, que estaba arrimado a un poste, engullido en un casacón de lienzo crudo, con una gorra encarnada en la cabeza a lo morisco, sin hablar palabra, cogió la rienda de mi caballo y lo guió a la caballeriza. El gordiflón, que era un tronera desaforado, que no le faltaba para loco más que el capirote, trepó delante las escaleras del palacio, y con furiosos gritos iba diciendo:

—¡Señor, señor, gran noche, que habemos cazado al Piscator de Salamanca, a quien teníamos gana de conocer y de pillar por estos andurriales!

Salió a esta sazón a los corredores de la casa un caballero mozo, vestido de paño verde de un estambre delicado, pero tan roto, que por los jirones y mordeduras se asomaban muchos chisguetes del aforro y otras escurriduras de los lienzos más interiores. Era de estatura entre grande y plebeya; ojos grandes, violentos y con inclinación a salirse del casco a reñir con la luz, porque le entrapaba o escondía los objetos; el rostro gravemente apacible, aunque con ciertas motas y salpicaduras de severidad; los labios bien puros y coloridos, por entre los cuales se le divisaba una dentadura tan estregada y bruñida, que podía desafiar a reluciente al carámbano de roca. Detrás de este salió un mancebito que frisaría en los diez y ocho años, de la misma estatura aunque con arranques de ser más empinado. Era el zagal hermoso, la estatua más pulida y más bien perfilada que ha dado al mundo la industria y la habilidad de la naturaleza; y parecía estar copiado por el caballero roto, porque en el aire y proporción de los miembros guardaban una prodigiosa uniformidad.

Saludáronme con agrado piadoso; y por algunos impersonales que me mezclaban en las expresiones, malicié que eran sujetos de superior crianza. Mandáronme entrar en un salón, en donde había una chimenea bien alumbrada, y su hogar rodeado de sabuesos, ventores y otras castas de perros que unos dormían, otros roncaban y todos estaban tendidos saboreándose con el amor de la hoguera. Los ángulos de la gran sala estaban ocupados de escopetas, cuchillos de monte, cuernos, bolsas, redes y otros instrumentos de caza, y en medio una mesa con dos tinteros y

todo recado de escribir. Mandáronme sentar al fuego; y el Señor Roto, que tenía un imperio sonoramente respetable en la voz, me dijo:

—Nos alegramos mucho de conocerle. Y ya que tenemos el gusto de verle aquí esta noche, le hemos de entretener en hacer versos, que estos señores que nos acompañan los hacen magníficos; y vuestra merced podrá entre tanto disponer los cálculos de su *Almanak* y aprovechar nuestras musas en los huecos de las estaciones y las lunas, que aunque ahora nos falta mucho tiempo para llegar al año que viene, nada le puede embarazar tener anticipada la obra.

Hice una profunda reverencia, y respondí que estaba pronto a obedecer sus órdenes y muy agradecido a la honra que me querían hacer en aguantar mis disparates. El Mancebo Hermoso, a quien la gracia y la alegría le rebosaba en el semblante, empezó a ponerme graciosísimos argumentos sobre muchas de las siguidillas de mis *Pronósticos*, que tenía en su memoria. Yo le desataba las dificultades con nuevos embustes, de los que se reía y se mofaba con donaire chistoso y cortesano.

Cuando estábamos en esta conversación, vimos que entraba por la puerta del salón un rentero pantuflo, que traía a cuestas un envoltorio meñique tan tragado entre sus lomos, que apenas se percibía su figura, y sólo por los chambariles que se le recolgaban del espinazo conocimos que era persona, pues el cuerpo y la cabeza venía encharcada y sumida en la carnaza de los costillares del anchísimo gañán. Yo estuve creyendo que era algún niño que lo traían para que lo azotasen por alguna travesura, hasta que vi que, arrimándose a una silla, descolgó sobre su asiento a un viejecito embalsamado, hecho cecina, y tan

menudo que me pareció tenía en polvos las facciones y los miembros; los ojos, como si se los hubieran puesto con unas pinzas, y tan chiquitos que se podían revolcar en el agujero de un abolorio; la nariz era un granito más pequeño que los que produce la sarna perruna; los labios en cuenda, y tan repulgados que le dejaban por boca un silbato, tan estrecho de círculo que para darle de comer sería preciso ponerle las sopas en un punzón. Levantáronse a su presencia el Caballero Roto y el Galán Joven; y haciéndole un profundo acatamiento y yo, a su imitación, una reverencia respetuosa, nos mandó asentar. Y en tono de venir informado de que era yo el huésped reciente de la casa, dijo:

—Ya tienen vuestras mercedes en el seó don Diego muchos motivos para su huelga. Diviértanse, que yo les oiré con mucho gusto.

Comunicole el Señor de los Jirones la idea de la diversión, que era la de hacer las coplas del *Pronóstico*, y le rogó que tomase asunto, pues nada valdrían los entretenimientos sin su erudita concurrencia. Ofreció el Viejecito Señor hacer algún verso y, levantándose de la silla, dijo que se hiciese luego lo que se había de hacer tarde. Dio a este tiempo un grito el Bello Joven, diciendo:

—¡Ei, señores! ¡Alberto, padre cura!

Y al punto se colaron por la puerta hasta otra media docena de hombrones, y entre ellos el gordo y su enemigo el jándalo, que se habían empelotado segunda vez sobre lo de Juan de la Berza y las patas bermejas de las perdices. Fueron requeridos por el Roto Señor que arrimasen la mesa hacia la lumbre, y que cada uno hiciese los versos que yo mandase, pues hasta que se sirviese la cena se había de gastar la noche en esta diversión.

Volviose hacia mí, y me ordenó que entre los presentes citase a cuatro, para que en otros tantos sonetos agudos plantasen los juicios políticos de las estaciones; y que los demás fabricarían la morralla de las siguidillas que se echan a pares y nones en las menguantes y crecientes de las lunas.

Todos recibieron la orden y la noticia con gusto; menos el cura, que desde un rincón de la pieza donde se había retirado, muy osco y ceñudo, con un tiple desagradable, chilló esta necedad:

—¡Yo no entro en eso, porque la cosa que más me enfada en el mundo son los pronósticos y los pronosticadores!

Volví el rostro hacia donde había salido aquella majadería mal criada, y vi a un clerizonte montuno, magro y macilento, metido en un gabán pardusco sembrado de manchas y desgarrones. Conocíasele lo eclesiástico solo en que estaba trasquilado a cruces, como oveja vieja por mal pelaire. La cara era un callejón oscuro entapizado de la frisa de sus barbas, más negras que mis pecados. Partían por mitad en figura de nariz la larga tirantez de su rostro dos cañones del fuelle de un herrero, cuyos mechinales se revertían de cisco sobre sus mostachos. Tenía la boca muy metida a hocico de hurón, cuyo ángulo lo quebrantaban dos dientes elefantes, que se salían una cuarta fuera de los bezos a amenazar de tarascadas a cuanto se ponía por delante. No le quise responder palabra. Solo me contenté con repasar su figura y reírme a lo entripado de su desabrimiento. El Caballero Roto, con algún aire de enojado, dijo:

—Pues si no quiere el padre cura, importa poco, que sin él se hará el ajo.

Y, dicho y hecho, arrimaron todos sus sillas a la mesa y yo, con el permiso dado, repartí las relaciones y noticias que se habían de poner en los sonetos, que fue la especie de metro ya elegida. Al Bello Joven le repartí los sucesos de la primavera, que son los que constarán por su soneto. Al Señor Roto los del estío. Al Gordiflón Atronado los del otoño, y al Señor Viejecito los del invierno. Y el Antagonista del Gordo se quedó para trabajar las siguidillas de las lunas. El cura, cogido de un enfado necio, marchó a tumbarse en la ociosidad. Y yo, mientras los señores se divertían en hacer las coplas, escribí mi cálculo, y concluimos todos cuasi a un mismo tiempo nuestras obras...

[. . . . . .]

Al finalizar el soneto, que fue celebrado con alegría respetuosa entre los circunstantes, entraron, asidos de una mesa vestida de unos manteles muy blancos y delicadamente tejidos, y rodeada de preciosos cubiertos de plata, dos muchachos de bella disposición, con sus jaquetillas andaluzas y servilletas al hombro. Detrás de estos siguieron otros seis, con otras tantas fuentes de varios guisados y ensaladas; y a olor de todo, el padre cura, que se había retirado algo mohíno de la diversión. Cenamos con gran alegría, mucha conversación y repetidos brindis, y acabada la cena todos se desaparecieron.

A mí me agarró por la mano un mozote, suelto como el diablo, a quien oí llamar Dominguillo, el que me condujo a una pieza donde había diez camas, y desde la puerta me dijo:

—Métase vuestra merced en la que quisiere, que ahí parecerá a la mañana.

Y marchó con más velocidad que un cohete.

La bulla, los respingos y los disparates que pasaron en el dormitorio con el jándalo, el gordo, el cura, el viejo y otros cinco que se metieron detrás de mí, los referiré en otro *almanak*, que en este no cabe más prosa. Finalmente, yo dormí a trompicones, porque me despertaban a cada momento aquellos troneras.

Y apenas echó Dios su luz, escapé de la jaula de los locos a divertirme con el reconocimiento de aquel hermoso sitio, tan extremadamente fecundo, que no acertó a sombrearlo siquiera toda la fertilidad del ingeniosísimo Lope, en la descripción que quiso hacer de sus amenidades y hermosura. Recogí mis cálculos, los sonetos y las siguidillas y, despedido de todos —menos del padre cura, que no tuvo corazón para verme ausentar—, tomé mi derrota hacia Plasencia. Y en el mesón donde fui a pasar la noche de aquel día, puse en orden todos los mamotretos del *Pronóstico*, que son los leídos y los quefaltan de leer en las hojas siguientes; y a unos y a otros echo encima el *sobre todo de Dios*, para que los tengan respeto los lectores ceñudos. DIOS SOBRE TODO.

Ventajas de la repostería

(1752)

Sobre los rudos y mondos pizarrones que sirven de escalas y soleras en la lonja del Convento de San Francisco de Alba, estaba yo una de las noches del septiembre tan desguadramillado, tan molido y tan modorro de movimientos, que me palpaba muchos ratos, temiendo que se habían desunido de mi corpanchón los demás trozos de mi estatura magullada. La quietud, la hora, los dulces soplos y las regaladas monerías de un viento apacible que rondaba con airosos pasos el sitio, me pegaron un sueño tan libre, que se burló con paciencia socarrona de las rebeldías del molimiento, de las tarascadas, de los rollos y de otros aguijonazos con quienes estaban a mátame y matarete mi ociosidad y mi pereza. No bien se habían abrigado mis ojos con los faldones de las pestañas, cuando se los arremangó hasta los cascos la desvergonzada gritería de un horrible tropel producido de la precipitación, de la algazara, de los pescos y los roznidos de treinta mulos y otras tantas bestias que con celeridad escandalosa aportaron a la carretera del convento.

Desvelado, impaciente y curioso de inquirir las aventuras de aquella descomunal batahola, bregaba rabioso a una y otra parte, procurando con la furia de los enviones y revuelcos reponer algún espíritu al fatal desmayo de mis lomos y quitar alguna pesadumbre a la cargazón

de mi avutardada humanidad. Y en fin, después de haberme puesto los hocicos plagados de rozaduras y boceras con los encontrones que di sobre los mendrugos de las pizarras, puse mis huesos en punta y di conmigo en un corralón, donde estaba una gran chusma de mozotes desvalijando mulos, recogiendo cargas y ensartando con cada lía una soga de maldiciones y una ristra de votos y reniegos.

A las turbias llamaradas que despedían las mugrientas congojas de un hachón de Vizcaya que por el garabato se columpiaba del cerrojo de una puerta, y a los hediondos esperezos de otro cirio de sebo, que se desmoronaba en chorreones sobre los dedos estacas de un frailazo lego macizo, acotralado, que enseñaba por el boquerón de la capilla una montaña de cogotera, percibí que uno de los de la tropa era un galeote de repostería a quien había yo visto, amarrado al mandilón de estopa, remar muchos días con los cazos y las espumaderas en los diferentes bancos que nadan en el gran golfo de la Corte. Saludele y saludome con admiración, y le dije:

—Mucho me alegra, amigo, esta impensada venida de vuestras mercedes por acá; porque sospecho que puede ser feliz prólogo y pronta esperanza de que los fidelísimos vasallos de Castilla la Vieja palpemos con los ojos y las servidumbres venturosas las amables presencias de nuestros Reyes y Señores, y que las ansias devotas de sus Majestades registren con las adoraciones la milagrosa reliquia del venerable cuerpo de Santa Teresa, nuestra protectora y paisana. Y vuestra merced nos podrá decir algo de lo cierto, pues parece que viene de donde lo puede saber.

—Déjeme vuestra merced, por San Francisco, que yo no sé nada —respondió el gañán de repostería con enfado

insoportable—. Solo sé —prosiguió— que nuestros amos, sin dejarnos coger una camisa, nos mandaron cargar a mí y a otros, que vienen detrás con oficios de cocina y repostería, con todas nuestras drogas y armatostes. Y venimos traspillados y muertos por esos caminos, sin haber descansado media hora desde el día que salimos de Madrid. Y lo peor es que para muy en breve tenemos que poner sobre las tablas unos *desertes* que son una obra de romanos. Ya sabe vuestra merced —añadió— las cosas de estos señores, que quieren ser servidos por ensalmo, y que sus antojos vengan reatados a sus prontitudes. Y en faltándoles en un ápice, ¡alza Dios tu ira!, que todo lo echan al diablo. Y por el descuido de un momento pierde un miserable de nosotros toda una vida de reverencias y esclavitudes.

Murmuramos un poco de las celeridades de los señores, que es todo el consuelo y la venganza que toma un criado para desquitarse de los sofiones y malos tratos que padece, y le dije:

—Pues amigo, paciencia, vuestra merced descanse, que mañana amanecerá Dios y nos veremos las caras.

Yo marché a mi celda y el pasante repostero se quedó desatacando maletas, rompiendo cajones y exhalándose en juramentos y porvidas.

Serían las ocho de la mañana del día siguiente cuando yo bajé al claustro del convento, y vi sus líneas repletas de horterones, arcas, andenes, artesas, líos, fardos y otra cáfila de trebejos trabucados y esparcidos a pellujones, con tanta intrepidez y desaseo como si hubiesen sido empujados desde balcón de casa que se quema. Pasé más adelante y vi que en aquella aula venerable, donde solo se fabrican entes de razón y se engendran mil fantasmas y

gigantones peripatéticos, estaban diez o doce mozos vaciando figuras, abriendo flores y limpiando fuentes, salvas, bernegales y muchos vasos curiosos de plata, china y otras tierras preciosamente delicadas.

Andaba un maestro de repostería, a quien yo conocía, con sosegada solicitud entre la guadramalla de oficiales, dando preceptos y repartiendo maniobras. Y después que se aquietó un poco llegó a mí; y con unas voces muy mollares y unas palabras escurridizas, tan dulces que parecía que antes de salir de la boca las bañaba en el almíbar de los limoncillos de Valencia, y con un gesto cariñoso y aconfitado como de monja zalamera, me saludó y dio algunas novedades y memorias que ensancharon mi alegría y mis agradecimientos. Volvile las saludes y, sin darme lugar a que le preguntase de su venida, me dijo, con el semblante entre incrédulo y espantado:

—¿Conque es cierto que vuestra merced vio el año pasado el milagroso cuerpo de Santa Teresa?

—Sí señor —respondí con algún desabrimiento—, juro a Dios que lo vi. Y dos veces. Y en presencia de unos testigos tan venerables como los Excelentísimos Señores Duque de Huéscar y Marqués de Coria, su primogénito, el Excelentísimo Señor Don Manuel de Solís y Gante; el Señor Don Serafín Pimentel, primogénito de los Excelentísimos Señores Duques de Malpica; el Reverendísimo Padre General de Carmelitas Descalzos y aquella comunidad de ángeles vivientes, y otras personas. Y estuve cuasi cinco horas al pie del milagroso cadáver, recibiendo sus suavísimas exhalaciones, admirando su frescura y su flexibilidad, y tocando en el hueco donde vivió su portentoso corazón, en su cabeza, pecho y pies de su vivo cuerpo innumerables rosarios, lienzos, escapularios y otros deli-

cados remiendos, que hoy se veneran reliquias milagrosas por esos mundos. Y este, señor mío, no es asunto para explicarse con tanta precipitación. Yo lo daré escrito con más descanso y con la verdad que acostumbro, y quedará vuestra merced mejor informado de todo el venturoso suceso. Y ahora, déjeme vuestra merced que le diga la admiración que me está produciendo el ver esta confusión de baratijas, y lo que va de tiempos a tiempos. Porque yo me acuerdo cuando era tenido por hombre excelente en este arte de la repostería el que acertaba a hacer un chapurrado de vino, azúcar y canela, a exprimir un limón y a despachurrar unas pepitas en el agua; y ahora se ha encaramado a ser ciencia tan exquisita, que recoge más instrucciones y elementos que cuantas facultades asombran y tienen pensativos, cabizbajos y vanagloriosos a los profesores de nuestras universidades. Varias veces he dicho yo a mis condoctores que esta facultad y otros mecanismos, cuyos fondos están totalmente ignorados de nuestra presunción, tienen más que aprender que cuanto sirve para nuestras disputas, conclusiones, argumentos y presidencias; y me alegrara que estuvieran aquí al pie de estos trabajos, para que me creyesen y contemplasen un poco en las especulaciones y prácticas de este ejercicio, para que se humillasen y conociesen lo poquito que se sabe entre nosotros. Un bachiller *in utroque* se hace en nuestras aulas de un mancebo que se ha gargarizado cuatro cursos con algunas bocanadas de Misingero. Un maestro en Medicina sale de un baladroncillo que con las hojas del Bravo aprendió a tirar tajos por arriba, reveses por abajo y caiga el que cayere. En vuestra merced es necesario, para ejercitar su oficio, tener un conocimiento profundo de la Filosofía Especulativa y Experimental, para el acierto de las mezclas y composturas de las pastas y los licores. Necesitan estar prontamente instruidos en las

fábulas y las historias viejas y recientes, para representarlas en las mesas con sus héroes y las figuras demostrativas de sus pasajes. Vuestras mercedes están precisados a saber la Arquitectura Militar y Civil, la Estatuaria y la Escultura...

—Y meta vuestra merced en esas todas las Matemáticas —acudió el maestro—. Y para que vuestra merced lo crea, ahora le enseñaré un mozo de mi repostería, que está trabajando en esa pieza más allá que llaman aquí el *de profundis*, que puso en París, en la mesa de un embajador, un *desert* en que estaban bien construidos y graduados, en esferas de caramelos, todos los sistemas del mundo y los dos globos macizos de cielo y tierra; este con todas sus ciudades, villas, aldeas, ríos y lagunas, y el otro con sus cuarenta y ocho imágenes y las mil y veinte y dos estrellas que las forman, empezando desde las de primera magnitud hasta las nebulosas. Y yo, que soy muy regular en mi oficio, también puse en la mesa de otro embajador la fortificación de Braga con todos sus baluartes, fosos, cortinas y escarpados, y los regimientos de infantería, miqueletes, ligeros y dragones que estuvieron en aquel sitio, con sus divisas, uniformes, armas, banderas y bagajes. Y en fin, no hay espectáculo en el mundo que no le presentemos sobre las tablas siempre que nuestros amos nos lo ordenan.

Dando el maestro un paso detrás de cada palabra y yo siguiendo su conversación y sus pisadas, nos hallamos sin sentir en la pieza del *de profundis*. Había en ella hasta una docena de mancebos en cuerpo de camisa, arrebañados los mangones hasta los sobacos, con sus mandiles y bonetes blancos, que a no estar tan limpios creería que estaba en alguna cofradía de disciplinantes. Estaban unos modelando figuras, otros mezclando pastas, muchos

disponiendo talleres y los más escombrando cristales, espejos, cornucopias y otras bellísimas menudencias.

—¡Viva, viva, y sea bien venido el señor Torres! —gritaron todos luego que me vieron, y yo, en su mismo tono, pagué sus vivas con los míos.

El maestro empezó a informarme y me dijo:

—Toda esta buena gente que vuestra merced ve aquí ha tunado por Roma, París, Londres y otros pueblos grandes de Francia, Holanda, Italia e Inglaterra; y el más rudo se explica en siete u ocho idiomas, que desde luego aseguro que no lo hará ningún catedrático de vuestras mercedes. Los más saben la Física y la Matemática; muchos de ellos componen versos latinos y castellanos excelentes; de manera que si vuestra merced quiere hacer su *Pronóstico*, aquí tiene unos oficiales tan diestros que, sin dejar sus maniobras, le dictarán los cálculos y le harán los versos que quisiere.

Desentretallose a este tiempo de un rincón y se presentó a nosotros con aire marcial y picaresco un mozo flaco, juanetudo, con unas barbas rucias mal sembradas y unas narices como un buen picaporte, y dijo:

—Déjelo vuestra merced por nuestra cuenta, señor maestro, que aunque aburramos el sueño esta noche, hemos de servir al señor Piscator.

Saltó del medio otro oficial redondo y chico como una albondiguilla, ojos garzos y ruines, corto de pescuezo, arremangado de narices, cabeza amelonada y un par de orejas ramplonas, y dijo:

—Vuestra merced, señor Torres, váyase a divertir donde quisiere, que mañana estará concluido el calendario en

forma de derecho; porque entre cuatro de nosotros repartiremos las estaciones del año, y a vuestra merced no le quedará otra cosa que hacer más que mandarlas copiar.

Diles muchas gracias; y cuando quería reconocer con más cuidado las hermosas invenciones que iban saliendo de las manos de los reposteros, empezó a chillar la campana del refectorio. Despedime diciéndoles que aquellos gritos no eran solamente a los frailes; que a mí, por huésped suyo, me tocaban también algunos golpes de aquella avocación. Entrometime con la comunidad, desollé mi pitanza como un bernardo, y salimos a tomar el recreo al corralón de las cocinas que mandó hacer el Excelentísimo Señor Duque de Huéscar en aquel convento, cuando esperábamos todos la gloriosa felicidad y los honrosos consuelos de ver en Alba a nuestros Reyes. Estuve bien entretenido, ya conversando con los frailes de las amorosas profusiones y gustosos gastos y fervorosos respetos de su Excelencia, ya recorriendo los hogares, los hornos, las mesas, los tendidos y los demás aparatos de aquella oficina, jamás vistos por nuestros contornos.

Salí después a la villa a ver, por pura curiosidad, si duraban otros resquicios de las prevenciones. Y entrando en el gran taller de la Parroquia de Santa María, vi arrinconadas las doce figuras de Hércules, que se levantaban un codo más de lo natural, representadas en todas y en cada una sus soberbias hazañas y trabajos. Existían también las tarjetas y jeroglíficos que habían de servir de adorno y de demostración del vasallaje, fidelidad y hermosura en el gran palacio de fuego que estuvo concluido para la diversión de sus Majestades. Entré también en la gran casa del Duque, y vi que se mantenían con aseo los cristales, las colgaduras preciosas y muchas ricas alhajas que nuevamente se colocaron para recibir la Real Familia. Y finalmente vi desde

una de sus galerías en las márgenes del Tormes las doce chalupas que, vestidas de varias invenciones de iluminación, habían de darse batalla las unas a las otras, despidiendo de sus plazas, remos, velas y costados un fuego tan lucido y poderoso que se mantenía en el agua largo tiempo, ilustrando con admiración el seno y la ribera.

En la inspección de estas variedades vino la noche, y con ella me vino la gana del dormir y del cenar. Retireme al convento y cumplí con la posible comodidad y presteza mi apetito.

Aún no había tocado a maitines el padre campanero, cuando oigo que el maestro de repostería me aporreaba la puerta, y desde sus umbrales me dijo en altos gritos:

—¡Señor Torres! ¿Manda vuestra merced algo para Madrid?

Salté en camisa de la cama, abrí la puerta, entró y me dijo que me quedase con Dios, que le había llegado una orden seca de su amo, en que le mandaba volverse luego con sus oficios a la Corte. Entregome las cuatro estaciones del año, hechas por los mozos de su repostería, y marchó con celeridad a recoger fardos y cargar mulos. Yo me volví a la cama, y hasta las ocho de la mañana del día siguiente no dije esta vida es mía. Vestime, almorcé, recogí la bendición del padre guardián, monté en mi caballo y di con mi cuerpo en Salamanca...

Ha
querido
la confluencia
de los astros que este
libro de relatos del astrólogo
Torres Villarroel se haya acabado de
imprimir en Salamanca el 20 de agosto del 2002,
día del abad Adivino, justo 250 años después
de que su autor llevase a la estampa sus
Obras en la misma ciudad. Quieran
las estrellas, de igual modo, que
le acompañe a éste idéntico
éxito de ventas que a su
antecesor.

Ediciones Universidad
Salamanca

ISBN: 84-7800-781-4